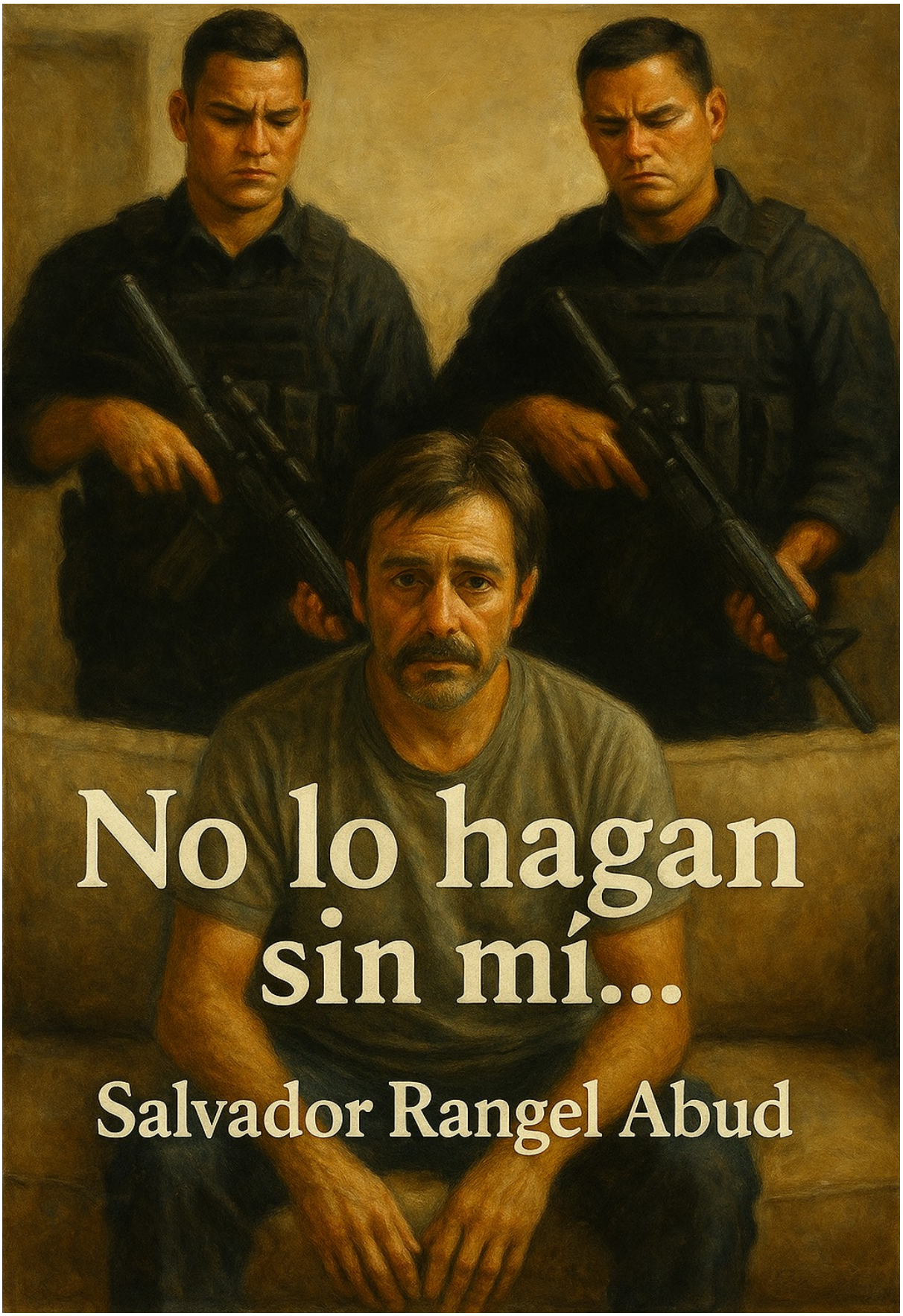
No lo hagan sin mí...
Salvador Rangel Abud

NO LO HAGAN SIN MÍ
Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Hay familias que guardan secretos como quien guarda veneno en frascos de cristal: transparentes, brillantes, mortales. Familias donde la sangre no es más espesa que el deseo, ni el parentesco más fuerte que la ambición.

Barcelona. Una familia burguesa catalana lleva décadas sostenida por la voluntad de hierro de un patriarca que lo controlaba todo en vida y que, muerto, ha encontrado la manera de seguir haciéndolo: a través de un testamento guardado en una caja fuerte cuyo contenido nadie conoce pero todos temen. Lo que sigue es una sucesión de intentos — la escalera de mármol, la copa envenenada — que revelan que en esta familia el amor y el crimen comparten los mismos modales, y que los secretos guardados en Cadaqués pesan más que cualquier herencia.

No lo hagan sin mí es una novela negra de herencia y traición construida con la elegancia fría de la narrativa catalana contemporánea: una trama de catorce piezas que encajan con la precisión de quien sabe que en las familias como esta, la verdad nunca llega sola sino acompañada de todo lo que alguien pagó muy caro para mantener oculto.

El título tiene dos lecturas posibles. Ambas son correctas.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene intrigas familiares de alta intensidad, intentos de asesinato narrados con la frialdad que corresponde a quien los planea con antelación, secretos catalanes guardados durante décadas, y un testamento que resulta ser más peligroso que cualquiera de las armas utilizadas. No contiene violencia gratuita. Sí contiene la clase de ambición que solo puede gestarse en el interior de una familia que ha tenido demasiado durante demasiado tiempo.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias por el Instituto Nacional de Salud Pública, además de escritor aficionado.

No lo hagan sin mí se suma a una serie de novelas ambientadas fuera de México —Londres, São Paulo, Estocolmo, Alemania, Argentina, Boston, entre otras— construidas desde la lectura profunda, la investigación específica y una imaginación geográfica que ha demostrado, una vez más, que el conocimiento de un lugar no requiere haberlo pisado sino haberlo habitado por dentro. En esta entrega, el "imperio" catalán y sus secretos familiares son el escenario de un thriller que tiene auténtico sabor barcelonés.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: No lo hagan sin mí

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela negra / Thriller familiar / Ficción de intriga

Extensión: ~27,305 palabras aproximadamente

Estructura: Prólogo + 13 capítulos + Epílogo

Ambientación: Barcelona y Cadaqués, España

Idioma: Español

Año de publicación: 2026

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Las familias burguesas tienen una forma particular de guardar sus secretos: no los esconden, los exhiben en frascos de cristal sobre la repisa, donde todos pueden verlos pero nadie se atreve a tocarlos. El secreto no es el contenido del frasco — es el acuerdo tácito de no abrirlo.

Esta novela nació de la pregunta sobre qué ocurre cuando alguien decide romper ese acuerdo. No por valentía ni por justicia, sino por ambición. Y qué pasa cuando el muerto, que conocía el acuerdo mejor que nadie, lo ha previsto todo desde el testamento.

Barcelona y Cadaqués son el escenario perfecto para esta historia: una ciudad que sabe combinar la elegancia con la dureza, y un pueblo costero donde los secretos maduran lentamente con el viento del Mediterráneo.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

novela negra · thriller familiar · Barcelona · Cataluña · herencia · secretos · intriga · burguesía · testamento · crimen · España · novela en español · familia · traición · Cadaqués

TEMAS PRINCIPALES

La novela no trata sobre un crimen sino sobre lo que el crimen revela: la anatomía de una familia donde la ambición ha sustituido al afecto con tanta elegancia que nadie lo ha notado hasta que el patriarca muere y deja de sostener el edificio. A lo largo de sus trece capítulos, *No lo hagan sin mí* explora el testamento como arma póstuma de quien controlaba en vida y no está dispuesto a dejar de hacerlo desde la muerte, la herencia como campo de batalla donde los vínculos familiares se desnudan hasta sus huesos más crueles, los secretos familiares como contratos tácitos cuya ruptura tiene consecuencias que nadie anticipó completamente, la ambición como fuerza que opera con más honestidad que el amor en ciertos tipos de familia, y Cadaqués como espacio donde la verdad enterrada finalmente emerge porque el mar no guarda secretos indefinidamente. El epílogo, "Las cenizas del imperio", cierra con la frialdad de quien ha visto arder algo que parecía indestructible.

CITAS DESTACADAS

"Hay familias que guardan secretos como quien guarda veneno en frascos de cristal: transparentes, brillantes, mortales."

"La herencia no es solo dinero. Es un campo de batalla donde el amor se desnuda hasta quedar reducido a sus huesos más crueles."

"La sangre no es más espesa que el deseo, ni el parentesco más fuerte que la ambición."

"El muerto lo había previsto todo. Esa era, precisamente, la parte más aterradora."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en *No lo hagan sin mí* un territorio narrativo cercano, con el acento propio de su autor.

Manuel Vázquez Montalbán (*Los mares del Sur*, *La rosa de Alejandría*): el thriller barcelonés con sus capas de clase social, secreto familiar y paisaje urbano catalán. Eduardo Mendoza (*La verdad sobre el caso Savolta*, *El misterio de la cripta embrujada*): la intriga familiar en la Barcelona burguesa narrada con precisión y distancia irónica. Agatha Christie (*Diez negritos*, *El testigo mudo*): la arquitectura del thriller de herencia donde el testamento es el detonante y cada personaje es sospechoso por razones igualmente válidas. Arturo Pérez-Reverte (*El maestro de esgrima*, *La tabla de Flandes*): el thriller español de ambientación histórica y social donde la elegancia de la forma no suaviza la dureza del fondo.

Dentro de la narrativa de Salvador Rangel Abud, esta novela representa su incursión en el thriller de intriga familiar europea: donde *Máscara del Alma* explora la psicología individual en el Londres victoriano, *No lo hagan sin mí*

explora la psicología colectiva de una familia catalana que se destruye con todos los modales del mundo.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

El título *No lo hagan sin mí* admite dos lecturas: la voz del muerto que sigue controlando, y la de quien no quiere perderse el desenlace. ¿Cuál de las dos le parece más perturbadora?

Los intentos de asesinato están numerados como capítulos. ¿Qué dice esa estructura sobre la relación entre planificación y crimen en esta familia?

El testamento es descrito como más peligroso que cualquier arma. ¿En qué sentido puede un documento legal ser un instrumento de violencia?

Cadaqués aparece como el lugar donde los secretos finalmente emergen. ¿Por qué cree que el autor eligió ese escenario costero para la revelación final?

El epílogo se titula "Las cenizas del imperio". ¿Qué queda de la familia al final de la novela, y quién es responsable de lo que se perdió?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). No lo hagan sin mí. Internet Archive. https://archive.org

MLA: Rangel Abud, Salvador. No lo hagan sin mí. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. No lo hagan sin mí. Internet Archive, 2026.

CONTACTO Y OTRAS OBRAS

Correo electrónico: wrangel.1352@gmail.com

Salvador Rangel Abud es autor de más de cincuenta novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela de neurodiversidad, la comedia negra, la ficción especulativa, la sátira política, la crónica costumbrista, la fábula ética, la comedia eclesiástica, el drama psicológico histórico, el thriller médico de denuncia, la comedia romántica, el thriller psicológico clínico, la novela bucólico-costumbrista y —como demuestra esta entrega— el thriller de intriga familiar de ambientación catalana. Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

Hay una pregunta que *No lo hagan sin mí* formula desde su título y no abandona hasta las últimas páginas: ¿qué queda de una familia cuando se retira lo que la sostenía?

No el amor — eso quedó claro desde el principio. No el respeto — ese se vendió antes de que muriera el patriarca. Lo que quedaba era el acuerdo: el contrato tácito de no abrir los frascos de cristal, de no preguntar demasiado, de mantener el edificio en pie aunque todos supieran que los cimientos estaban podridos.

Cuando ese acuerdo se rompe — por ambición, por miedo, por el peso insoportable de un testamento que lo cambia todo — lo que queda son las cenizas de un imperio que nunca fue tan sólido como parecía desde afuera. Y la incómoda sospecha de que todos, de una forma u otra, participaron en su construcción y en su destrucción.

Barcelona sabe guardar ese tipo de secretos. Cadaqués, al final, no.

© 2026 Salvador Rangel Abud · CC BY-NC-ND 4.0 ·
wrangel.1352@gmail.com · Internet Archive

INDICE

PRÓLOGO
Capítulo 1: ***La sombra del patriarca***
Capítulo 2: ***El testamento en la caja fuerte***
Capítulo 3: ***Primer intento. la escalera de mármol***
Capítulo 4: ***Los sospechosos habituales***
Capítulo 5: ***Segundo intento con la copa envenenada***
Capítulo 6: ***Maruxa, la hereje***
Capítulo 7: ***Las cartas del abuelo***
Capítulo 8: ***Los juegos del espejo***
Capítulo 9: ***Ecos del pasado***
Capítulo 10: ***La sombra de la duda***
Capítulo 11: ***La lectura del testamento***
Capítulo 12: ***Los secretos de Cadaqués***
Capítulo 13: ***El precio de la verdad***
EPÍLOGO: ***Las cenizas del Imperio***

PRÓLOGO

Hay familias que guardan secretos como quien guarda veneno en frascos de cristal: transparentes, brillantes, mortales. Familias donde la sangre no es más espesa que el deseo, ni el parentesco más fuerte que la ambición.

La herencia no es solo dinero. Es un campo de batalla donde el amor se desnuda hasta quedar reducido a sus huesos más crueles. Donde cada mirada es un disparo, cada palabra un puñal envuelto en seda, y cada silencio es la más perfecta de las conspiraciones.

Los Puig no son una familia. Son un ecosistema de deseos contenidos, de rencores heredados, de lealtades que se negocian milímetro a milímetro en cada comida familiar, en cada reunión protocolar, en cada mirada que cruza el salón de aquella mansión en Pedralbes que ha sido testigo de décadas de guerra silenciosa.

Don Elías lo sabe. Cada uno de sus hijos lo sabe. Sus nietos lo intuyen. La fortuna familiar no es un premio. Es un campo minado donde solo sobreviven los más astutos, los más pacientes, aquellos capaces de convertir el amor en la más perfecta de las estrategias.

Imagina una partida de ajedrez donde las piezas son vidas, donde ganar significa destruir, y donde perder es simplemente inaceptable. Imagina un thriller donde el amor puede ser la máscara más perfecta del crimen, y donde el heredero puede ser simultáneamente el detective y el asesino.

Esta no es una historia sobre quién matará a quién. Es una disección milimétrica de cómo se construye un asesinato mucho antes de que se cometa. Es el retrato de una familia donde la codicia no es un defecto, sino un arte; donde la traición no es una posibilidad, sino una inevitabilidad.

La fortuna de los Puig no se hereda. Se conquista. Se arrebata. Se asesina.

Hay un secreto oculto en cada rincón de esta mansión. En cada objeto, en cada fotografía, en cada carta guardada en algún cajón. Un secreto que late como un corazón ajeno, esperando el momento preciso para revelarse.

Prepárate para un viaje donde nada es lo que parece. Donde cada página es una trampa, cada personaje un sospechoso, y donde la verdad no es un destino, sino un laberinto del que solo podrás salir si logras descifrarlo antes que sus propios protagonistas.

No busques héroes en esta historia. Busca verdades que muerden.

No esperes compasión. Espera revelaciones que destrozan.

Y sobre todo, no lo olvides: en esta familia, nadie hace nada sin un propósito. Nadie dice nada sin una segunda intención. Nadie muere sin antes haber firmado su propia sentencia.

Bienvenido a la familia Puig. La cena está servida.

Y el veneno ya ha sido servido.

Capítulo 1

La sombra del patriarca

El cristal de la copa de oporto se deslizaba entre los dedos de Don Elías como un último vestigio de su imperio. Aquellas manos —ahora surcadas de venas azuladas y manchas del tiempo— habían firmado contratos millonarios, habían acariciado a mujeres hermosas y habían cerrado los ojos de rivales vencidos. La luz del atardecer se filtraba oblicua a través de los ventanales de la mansión de Pedralbes, proyectando sombras alargadas sobre los rostros de mi familia. Un ballet de codicia silenciosa que se representaba sobre los mármoles italianos del salón principal.

Los presentes parecíamos actores en una obra que llevaba representándose durante generaciones. Cada uno de nosotros interpretaba su papel con esa precisión que solo otorga el hambre. Hambre de poder. Hambre de reconocimiento. Hambre, en definitiva, de la fortuna que Don Elías administraba como un titiritero juega con sus marionetas.

La mansión era mucho más que una residencia; era un museo de la hipocresía familiar. Cada objeto —desde la pinacoteca de pintores catalanes hasta la colección de relojes suizos— servía como monumento a la obsesión acumulativa de los Puig. Los marcos dorados de los retratos ancestrales observaban la escena como testigos mudos de décadas de ambiciones contenidas. Mi bisabuelo, desde su óleo presidiendo la chimenea de mármol, parecía estudiar a sus descendientes con un desprecio que trascendía la técnica del pintor.

A mis veinticinco años, había desarrollado una habilidad casi científica para descifrar los códigos no escritos de nuestra estirpe. No en vano, mi posición como nieto menor me había convertido en espectador privilegiado de cada intriga, de cada pacto susurrado en las esquinas de reuniones como esta. Mi mirada no era la de un observador ingenuo, sino la de un cirujano que disecciona conductas con la precisión de un bisturí, catalogando cada reacción, archivando cada mentira pronunciada con la fluidez del hábito.

Mi tía Margot, con su elegancia marchita, jugueteaba distraídamente con el frasco de Bromazepam en el bolso de piel de serpiente. Sus dedos, enfundados en anillos hereditarios demasiado grandes para sus falanges afinadas por la ansiedad, se movían como arañas nerviosas alrededor del frasco ambarino. Sus ojos, velados por años de coñac y resignación, miraban a mi abuelo con una mezcla de desprecio y esperanza tan compleja que parecía pertenecer a una categoría emocional sin nombre. Cada movimiento de sus manos delgadas era un poema de contención, un equilibrio frágil entre la decadencia y la expectativa que solo una familia como la nuestra podía entender en su totalidad.

El reloj de péndulo marcó las siete con una reverberación que pareció despertar a Don Elías de algún pensamiento privado.

—Matías —la voz de mi abuelo cortó el silencio como una navaja de afeitar —, ¿me sirves otra copa…en la de Cristal de Boheme?

Su acento catalán al remarcar la “L” de las palabras que terminaban con esa letra, normalmente contenido bajo décadas de educación cosmopolita, se hacía más pronunciado. Como nieto de Don Elías, lo conocía lo suficiente para saber que aquello significaba tensión. Un temblor casi imperceptible en sus manos delató algo más que el cansancio de la edad: un miedo que intentaba ocultar, una preocupación indescifrable que parecía emanar de su piel como un perfume caro pero amargo.

Tomé la botella de cristal tallado —traída de alguna bodega portuguesa que mi abuelo había adquirido en los años setenta— y serví el oporto con la precisión de un cirujano en la copa que era su preferida, consciente de que cada gota podría ser más significativa de lo que parecía. El líquido color sangre se deslizó por la copa como un presagio, capturando la última luz del día en su densa transparencia.

Mi primo Federico, con su sonrisa de croupier de casino de segunda categoría, no quitaba ojo a la escena. Su traje italiano —comprado con dinero prestado, según los rumores familiares— ocultaba una respiración acelerada que traicionaba su aparente calma. Sus manos, cubiertas de anillos de diseñador que ocultaban sus deudas como maquillaje sobre cicatrices, tamborileaban nerviosamente sobre el brazo del sillón Luis XV. Cada golpecito de sus dedos contra la madera antigua parecía una cuenta regresiva, un código morse que transmitía una desesperación contenida, una ambición al borde del colapso.

Julián, mi tío arquitecto y el único que parecía inmune a la obsesión por el patrimonio familiar, permanecía apartado, casi etéreo, en un rincón junto a

la biblioteca. Un ejemplar de "En busca del tiempo perdido" de Proust descansaba sobre su regazo, más como una barrera que como una lectura. Sus ojos, idénticos a los de Don Elías pero con una calma que mi abuelo nunca había poseído, recorrían la habitación con desinterés estudiado. Su presencia era un contraste perfecto con la tensión del ambiente: sereno, distante, como si ya hubiera renunciado a cualquier esperanza de herencia mucho antes de que fuera siquiera planteado el reparto.

La última luz del día se desvanecía, tiñendo la habitación de un tono ocre que parecía extraído directamente de una pintura de Goya. Los muebles antiguos, testigos silenciosos de generaciones de pactos y traiciones, parecían contener el aliento en la penumbra creciente. El mayordomo, Sebastián, entró sin hacer ruido para encender las lámparas, añadiendo al ambiente una iluminación ambarina que transformaba cada rostro en una máscara teatral.

La reunión familiar no era casual. Nunca lo eran en casa de los Puig. Algo flotaba en el ambiente, algo más denso que el humo del tabaco importado que mi abuelo solía fumar y que ahora, por prescripción médica, había abandonado. Una amenaza silenciosa, un pacto no declarado que respiraba entre nosotros como un invitado invisible.

Mis ojos se movían de un rostro a otro, registrando cada micro expresión, cada temblor involuntario. Mis años estudiando historia del arte en la universidad me habían regalado algo más que conocimiento sobre perspectivas y luz: me habían entrenado en una capacidad casi forense para diseccionar las motivaciones humanas a través de sus más mínimas manifestaciones físicas.

Y en ese momento, mientras observaba a mi tía Margot evitar la mirada de mi tío Carlos, mientras notaba el sudor formándose en la frente de Federico, mientras catalogaba el modo en que mi abuelo sujetaba la copa como si fuera un amuleto protector, supe con absoluta certeza que alguien en esta habitación estaba planeando algo. Algo que tenía que ver con la fortuna de Don Elías, con el imperio industrial que había construido a lo largo de seis décadas. Algo que, quizás, podría terminar con su vida.

Mi amor por mi abuelo era real, tan real como el cuadro de Miró que colgaba sobre la chimenea o como el olor a madera y libros antiguos que impregnaba su despacho. Pero también lo era mi capacidad para entender que, en familias como la nuestra, el amor y la codicia bailan un vals mortal donde los sentimientos son solo otro activo para valorar y, eventualmente, a liquidar.

No lo sabía aún, pero ese atardecer en la mansión de Pedralbes marcaba el inicio de un juego donde yo sería, simultáneamente, detective y verdugo; observador y participante; nieto y heredero.

La noche apenas comenzaba cuando Sebastián anunció que la cena estaba servida. Y con ella, la cuenta regresiva hacia algo que cambiaría para siempre el apellido Puig y su significado en la alta sociedad barcelonesa.

Capítulo 2

El testamento en la caja fuerte

El despacho de Don Elías era un santuario del poder. No el poder ostentoso de los nuevos ricos que habían proliferado en Barcelona desde las Olimpiadas, sino el poder antiguo, discreto, que se mide en influencias y no en euros. Estanterías de caoba albergaban volúmenes que nadie leía pero que imponían respeto: ediciones limitadas encuadernadas en piel, libros de contabilidad que escondían décadas de operaciones en paraísos fiscales, primeras ediciones de Mercè Rodoreda junto a tratados económicos subrayados con la meticulosidad de un estudiante brillante. Mapas industriales enmarcados colgaban al lado de acuarelas catalanas que representaban paisajes mediterráneos que la familia había vendido hacía tiempo. Un espacio donde la historia familiar se condensaba en cada objeto, cada papel, cada huella de ceniza de cigarro que había sobrevivido a la prohibición médica de fumar.

Dos días después de la reunión familiar, el abogado Ferrer llegó puntual como un reloj suizo. Lo observé desde la biblioteca contigua, donde fingía interés en un volumen de poesía mientras mantenía la puerta entreabierta. Mi posición estratégica —cultivada durante años de espionaje familiar— me permitía captar cada movimiento sin ser visto. El notario, vestido invariablemente de gris Oxford como si su profesión exigiera un uniforme no declarado, portaba un maletín de cuero que parecía guardar más secretos que documentos. El cuero gastado mostraba décadas de servicios legales, de confidencias susurradas, de fortunas repartidas y desaparecidas.

Don Elías lo recibió con esa cordialidad protocolar que caracterizaba a los Puig: un apretón de manos ni demasiado firme ni excesivamente relajado, un gesto hacia la botella de whisky Macallan de 25 años que reservaba para las visitas importantes, la invitación a sentarse en el sillón de cuero que enfrentaba directamente el escritorio. Una coreografía de poder perfectamente ejecutada.

—Ferrer, necesito modificar el testamento —la voz de Don Elías sonaba metálica, casi quirúrgica, como si las palabras no emergieran de su garganta sino de algún mecanismo interno programado para minimizar cualquier emoción.

Desde mi escondite, sentí que la temperatura del ambiente descendía varios grados. Mis sentidos se agudizaron como solo ocurre ante el peligro inminente o la promesa de un secreto revelado. Algo en el tono de mi abuelo era diferente. No era la típica revisión legal que realizaba cada año desde que cumplió los setenta. Era algo más sustancial, más definitivo.

El abogado extrajo unos papeles de su maletín con la solemnidad de un sacerdote preparando los elementos para un ritual. Sus manos, manchadas por el paso de los años pero aún firmes como correspondía a un hombre que guardaba los secretos de las mejores familias de Barcelona, desplegaron varios documentos sobre el escritorio de roble. Un escritorio

que había sido testigo de decisiones que cambiaron imperios industriales, de negociaciones que alteraron el skyline de la ciudad, de confesiones que nunca saldrían de aquellas cuatro paredes.

—Me temo que será necesario reescribir varios apartados —continuó Ferrer, ajustándose las gafas con un gesto que parecía una señal convenida—. Los cambios en la legislación catalana sobre sucesiones hacen recomendable revisar ciertas cláusulas.

Don Elías hizo un gesto de impaciencia con la mano, como espantando una mosca invisible. Las excusas legales no le interesaban; nunca le habían interesado. Para él, la ley era maleable, una herramienta más que un obstáculo.

—Lo que voy a hacer —continuó mi abuelo en un tono que bordeaba la confesión— no tiene precedentes en nuestra familia.

Un escalofrío me recorrió la espalda como una gota de agua helada. No era ingenuo. A mi edad, y después de crecer en el seno de los Puig, había aprendido que cada palabra pronunciada en ese despacho tenía consecuencias. Cada cláusula, cada párrafo, cada modificación testamentaria podría ser un misil dirigido al corazón de nuestras expectativas familiares.

La puerta entreabierta me permitía escuchar cada palabra, cada respiración, incluso el sonido del hielo al derretirse en el vaso de Ferrer. Mi primo Federico pasaba casualmente por el pasillo, fingiendo ir al baño. Pero lo conocía demasiado bien. Su paso deliberadamente lento, la forma en que inclinaba la cabeza hacia la puerta del despacho, la tensión visible en su cuello... Estaba husmeando, igual que yo.

—Hay una deuda familiar —prosiguió Don Elías, bajando la voz hasta convertirla en un murmullo grave— que necesita ser saldada.

Ferrer asintió. Un asentimiento que parecía contener décadas de secretos compartidos, de confidencias intercambiadas sobre esta misma mesa. Sus ojos, pequeños y penetrantes detrás de unos lentes gruesos que magnificaban su intensidad, no parpadeaban.

—Una deuda con el pasado —añadió mi abuelo, mirando fijamente el retrato de su padre que colgaba frente a él—. Y con el futuro.

Mi mente trabajaba como un algoritmo, procesando cada detalle, cada inflexión, cada silencio. La mención de una "deuda familiar" no era casual. En las familias como la nuestra, las deudas no son solo financieras. Son emocionales. Son morales. Son de sangre. Y la sangre, como bien sabía Don Elías después de seis décadas dirigiendo el conglomerado Puig, era el activo más valioso y también el más volátil.

Un movimiento en el pasillo captó mi atención. Mi tía Margot, aparentemente distraída con su teléfono móvil, se acercaba sigilosamente. Sus pasos, amortiguados por la alfombra persa que cubría el corredor, eran casi imperceptibles. Pero había algo en su postura, en la rigidez de sus hombros bajo la blusa de seda, que delataba una tensión extraordinaria incluso para ella.

—¿Qué harás con Maruxa? —preguntó Ferrer, pronunciando el nombre como si fuera una palabra en un idioma prohibido.

El nombre cayó en la habitación como una piedra en un estanque tranquilo, generando ondas invisibles pero poderosas. Maruxa. Mi prima. La hija ilegítima de mi tío Eduardo con la asistenta gallega que había trabajado en la casa durante los veranos de finales de los ochenta. El secreto que todos conocían pero nadie nombraba. La mancha en el expediente inmaculado de los Puig.

Don Elías guardó silencio. Un silencio tan denso que parecía solidificarse en el aire entre los dos hombres. Sus dedos, largos y aristocráticos, jugueteaban con un abrecartas de plata que había pertenecido a su padre. La hoja brillaba bajo la luz de la lámpara de escritorio, reflejando destellos que parecían mensajes en código morse.

—Tiene veinticinco años —dijo finalmente, como si esa cifra contuviera toda la explicación necesaria—. La misma edad que Matías.

El sonido de mi nombre me provocó un sobresalto. ¿Por qué me mencionaba? ¿Qué tenía que ver yo con Maruxa, esa prima a la que solo había visto tres veces en mi vida?

—¿Estás seguro de que quieres proceder así? —preguntó Ferrer con cautela —. Las consecuencias podrían ser... impredecibles.

Don Elías dejó escapar una risa seca, desprovista de humor.

—A mi edad, querido amigo, la previsibilidad es un lujo que no me interesa.

En ese momento comprendí que el testamento no sería solo un documento legal. Sería una sentencia. Un juicio sobre todos nosotros. Una declaración de guerra familiar que cambiaría el equilibrio de poder para siempre. No sabía exactamente qué tramaba mi abuelo, qué cláusulas estaba modificando mientras yo espiaba desde mi posición privilegiada. Pero estaba seguro de una cosa: después de que esos papeles salieran del despacho, nada volvería a ser igual en la mansión de Pedralbes.

El sol ya se había puesto completamente, y las sombras en el pasillo ocultaban ahora mi presencia y la de mis familiares, convertidos todos en espías dentro de nuestra propia casa. Como piezas de ajedrez posicionándose antes de una partida decisiva, cada uno de nosotros buscaba la mejor ubicación para el inevitable conflicto que se avecinaba. Un conflicto que, sin saberlo aún, cambiaría para siempre el significado de ser un Puig.

Capítulo 3

Primer intento en la escalera de mármol

La escalera de mármol de Carrara se alzaba como una columna vertebral calcárea en el centro de la mansión Puig, un monumento a la extravagancia de tiempos pasados. No era una simple escalera; era una declaración. Sesenta y tres escalones de un blanco sobrenatural, cada uno extraído de

las entrañas de montañas italianas a principios del siglo XX por artesanos cuyos nombres se habían desvanecido con el tiempo, pero cuya obra permanecía, inmutable. Bajo la luz crepuscular, aquel mármol adquiría vida propia, reflejando en sus vetas los secretos y pecados acumulados por generaciones de los Puig. Las paredes color ocre, desgastadas por el tiempo, enmarcaban aquella serpiente blanca como si la casa misma la estuviera digiriendo lentamente.

Aquella tarde de octubre, el sol oblicuo atravesaba los ventanales en ángulos precisos, proyectando sombras que parecían moverse con voluntad propia. El polvo danzaba en aquellos haces de luz como diminutos espías suspendidos en el aire. La mansión nunca estaba verdaderamente silenciosa; siempre crujía, respiraba, susurraba.

Desde mi posición en la biblioteca, donde fingía concentrarme en unos tratados de historia del arte renacentista, observaba por el rabillo del ojo cómo Don Elías comenzaba su descenso ritual de la tarde. Su figura menuda pero autoritaria apareció en lo alto de la escalera, una silueta recortada contra la luz. A sus ochenta y tres años, mi abuelo mantenía una dignidad casi militar, aunque yo, con mi obsesiva atención al detalle, podía detectar los imperceptibles cambios en su postura, aquel ligero temblor en la mano que sostenía el bastón de puño de plata, herencia de un duelo que nunca mencionaba pero que exhibía como una medalla.

Sus pasos, normalmente medidos y seguros, resonaban de manera distinta ese día. Un tempo alterado, una vacilación que nadie más habría percibido. Mi oído, entrenado por años de observación, captó esa discordancia como un músico registra una nota desafinada.

Y entonces lo escuché. Un sonido apenas audible. Un sutil crujido que no pertenecía a la partitura habitual de la casa. Un detalle que cualquier otro habría desestimado como un capricho acústico de la vetusta mansión.

Pero yo no era cualquiera. Yo era quien observaba cuando todos los demás simplemente miraban.

Me levanté de mi sillón con la fluidez de quien ha anticipado el momento. Mis ojos, entrenados para descomponer la realidad en fragmentos analizables, se centraron en la escalera con precisión clínica. Y lo vi. Un minúsculo destello en el borde del decimotercer escalón. Algo que no debería estar allí.

El bastón de Don Elías, una extensión de su voluntad durante décadas, parecía ahora traicionarlo. Vi cómo la punta plateada hacía contacto con aquel brillo imperceptible. Vi cómo resbalaba, iniciando una cadena de acontecimientos que se desarrollaron con la lentitud exasperante de una pesadilla.

El bastón de mi abuelo comenzó a deslizarse, separándose de su mano como un ser vivo que escapa. La sorpresa se dibujó en su rostro curtido por décadas de poder incuestionado. Sus pupilas se dilataron con el súbito reconocimiento del peligro. Su centro de gravedad se desplazó fatalmente.

Todo sucedió en un instante que pareció dilatarse eternamente.

Vi su mano arrugada intentando aferrarse al pasamanos. Vi sus piernas, antaño fuertes, cediendo bajo su peso. Vi, sobre todo, el momento exacto en que el miedo reemplazó a la arrogancia en sus ojos grises. Era la mirada de un hombre que reconoce su mortalidad después de décadas de negarla.

No medité. No sopesé opciones. Mi cuerpo respondió antes que mi mente. Me lancé hacia la escalera con la precisión calculada de un depredador, mis pies evitando instintivamente el punto exacto donde el bastón había perdido adherencia. Tres escalones a la vez, mis músculos tensándose en perfecta coordinación.

Mis manos encontraron sus hombros justo cuando su cuerpo comenzaba la caída que habría resultado fatal. Sentí el peso de su existencia contra mi pecho, su respiración entrecortada, el temblor microscópico de cada músculo luchando contra el inevitable abrazo de la gravedad.

Terminamos en el suelo, en un abrazo forzado que ninguno de los dos habría elegido en circunstancias normales. Nuestras respiraciones formaban una extraña sinfonía discordante en el silencio repentino de la mansión.

—¿Estás bien? —pregunté, modulando mi voz para que sonara concernida pero no alarmista. Mi tono contrastaba con el tumulto interior que experimentaba, la adrenalina recorriendo mis venas como un veneno dulce.

Sus ojos, del color del acero templado, me estudiaron con una intensidad perturbadora. No era solo agradecimiento lo que detecté en ellos. Era reconocimiento. Como si en ese preciso instante, mi abuelo comprendiera algo fundamental sobre mí que hasta entonces había pasado por alto. Como si viera, por primera vez, algo en mí que le resultaba inquietantemente familiar.

—Resbaladizo —murmuró finalmente, su voz ronca apenas audible—. Demasiado pulido.

Pero yo había visto más. Mientras lo ayudaba a incorporarse, mis ojos registraron meticulosamente aquel escalón. Una sustancia translúcida, casi imperceptible, brillaba tenuemente en la superficie del mármol. Para cualquiera habría sido invisible. Para mí, era un faro en la oscuridad.

Cera. No, algo más sofisticado. Un compuesto diseñado específicamente para crear una superficie traicionera solo bajo determinada presión. Un rastro blanquecino que no era producto del azar.

Alguien había orquestado meticulosamente este "accidente".

Levanté la vista, escudriñando cada rincón del vestíbulo. Las ventanas permanecían herméticamente cerradas, negando cualquier intervención externa. Las pesadas cortinas de terciopelo granate colgaban inmóviles, cómplices silenciosas. Nadie había presenciado lo que acababa de ocurrir.

Nadie, excepto el perpetrador y yo.

El sonido de pasos elegantes interrumpió mis cavilaciones. Mi primo Federico apareció en el pasillo superior, descendiendo con la gracia estudiada que siempre me había parecido excesivamente teatral. Su

sonrisa, perfectamente calibrada para inspirar confianza, pareció fluctuar durante un microsegundo al encontrarnos en el suelo. Un parpadeo de emoción genuina —¿sorpresa?, ¿contrariedad?— antes de que su máscara social se reajustara.

—¿Todo bien? —preguntó, cada sílaba medida con la precisión de un farmacéutico. Su preocupación sonaba tan auténtica que casi me la creí. Casi.

—Perfecto —respondí, sosteniendo su mirada con una intensidad que, sabía, lo incomodaba—. El abuelo tropezó. Nada serio.

Federico asintió, pero sus ojos evitaron el decimotercer escalón con demasiada naturalidad. Como si supiera exactamente dónde no mirar.

Mientras ayudaba a Don Elías a su habitación, mi mente ya estaba procesando, analizando, conectando. El primer intento había fallado. Mi investigación acababa de comenzar.

La caza, efectivamente, estaba en marcha. Y yo estaba decidido a ser el depredador, no la presa.

Capítulo 4

Los sospechosos habituales

La familia Puig no era una familia; era una red neurológica de ambiciones frustradas y resentimientos cultivados. Cada miembro, una célula potencialmente cancerígena. Y yo, su patólogo no oficial, llevaba años diseccionando sus dinámicas bajo la apariencia de un observador pasivo.

Mi cuaderno de notas —un Moleskine negro de pasta dura que jamás abandonaba mi persona— era mi verdadero confidente. Entre sus páginas, mapeaba sistemáticamente cada interacción, cada mirada esquiva, cada silencio revelador. Una cartografía detallada del infierno familiar.

Aquella noche, tras el "incidente" en la escalera, me encerré en mi habitación. El antiguo escritorio de caoba crujió bajo el peso de mis codos mientras reorganizaba mis notas, añadiendo nuevas observaciones. La lámpara art déco proyectaba un círculo amarillento sobre el papel, como un pequeño sol enfermo iluminando la oscuridad de mis sospechas.

Mi tía Margot encabezaba la lista. A sus cincuenta y siete años, era un estudio clínico sobre la decadencia autoinfligida. La observé durante el desayuno de aquella mañana: sus manos, antaño elegantes, ahora temblaban ligeramente mientras sostenía la taza de porcelana china. Sus ojos, de un azul desvaído, parecían siempre enfocados en algún punto intermedio entre el presente y un pasado glorioso que probablemente nunca existió.

Cada mañana, con la precisa ritualidad de una ceremonia religiosa, Margot extraía de su neceser un lexatín que disolvía en su té. El primero del día, pero nunca el último. Para la hora del almuerzo, su dicción comenzaba a deslizarse por las pendientes resbaladizas de la medicación excesiva, sus

historias se volvían circulares, redundantes. Nadie la escuchaba ya, excepto yo.

Entre sus divagaciones químicamente inducidas, había extraído fragmentos de verdad: su juventud como estudiante radical en el París de los setenta, su romance con un activista político cuyo nombre nunca mencionaba directamente pero que, según mis investigaciones, había terminado misteriosamente suicidado después de que Don Elías "intercediera". Su adicción no era meramente escapista; era un acto de rebeldía continua, silenciosa, contra la autoridad patriarcal que había destrozado su única oportunidad de una vida auténtica.

Mi investigación había descubierto algo más: bajo su apariencia de aristocrática indiferencia, Margot ocultaba una ruina financiera casi total. Sus llamadas furtivas, sus reuniones con tipos de aspecto dudoso en cafeterías apartadas del centro, los sobres que recibía a escondidas. Todo apuntaba a una red de deudas que se estrechaba a su alrededor como una telaraña letal. Los acreedores la acosaban con una insistencia cada vez menos discreta. Sus tarjetas de crédito habían sido canceladas una a una, formando un cementerio de plástico en el fondo de su cajón.

Para Margot, la herencia no representaba un deseo. Era una necesidad desesperada, su última oportunidad de evadir consecuencias que podrían ser no solo financieras sino potencialmente legales.

Mi primo Federico representaba otro arquetipo igualmente peligroso. Su aparente éxito como galerista vanguardista escondía un precipicio económico que él mismo había excavado con meticulosa irresponsabilidad. Lo había seguido varias noches, mezclándome entre los asistentes a sus vernissages, registrando cada intercambio, cada conversación entrecortada.

Federico vivía en una permanente representación teatral de sí mismo. Sus trajes impecables, sus gafas de diseño, su manera afectada de hablar sobre arte conceptual... todo era una elaborada fachada. Pero yo había visto las grietas en el decorado. Sus inversiones en criptomonedas dudosas, sus préstamos no documentados con figuras sombrías del mundo del arte, su adicción patológica al juego en casinos exclusivos.

Una noche particularmente reveladora, lo había observado desde una mesa distante en el cocktail bar del Hotel Majestic. Federico mantenía una conversación acalorada con un hombre de traje oscuro y expresión impasible. No necesité escuchar sus palabras para comprender la dinámica: mi primo suplicaba, el hombre negaba con ligeros movimientos de cabeza. Las manos de Federico temblaban al llevarse la copa a los labios.

Dos semanas después, uno de sus asistentes de galería apareció con el brazo fracturado. Un "accidente", por supuesto. Federico pagó todos los gastos médicos en efectivo.

Un hombre acorralado por deudas de juego y promesas incumplidas a inversores impacientes tiene poco que perder. Y mucho que ganar con la muerte oportuna de un abuelo millonario.

Julián, en cambio, representaba una anomalía en el ecosistema familiar. Mi primo mayor parecía existir en una realidad paralela a la nuestra. Arquitecto respetado, profesor universitario, su vida junto a Pierre, su pareja francesa, transcurría con una estabilidad casi provocativa en comparación con el caos que definía al resto de los Puig.

Nunca pedía nada a Don Elías. Nunca adulaba. Nunca se sumaba a las risas forzadas cuando el patriarca contaba sus anécdotas de juventud por enésima vez. Su ausencia en cenas familiares era más elocuente que cualquier confrontación directa.

Esta aparente inmunidad a la codicia general lo convertía, paradójicamente, en un sospechoso aún más inquietante. ¿Qué mejor estrategia que cultivar durante años una imagen de desinterés absoluto?

Mi investigación sobre Julián había desenterrado una discrepancia significativa: tres meses atrás, había rechazado un importante proyecto de restauración arquitectónica para el ayuntamiento, justo cuando su estudio necesitaba desesperadamente un impulso financiero tras la salida de su socio principal. El proyecto habría resuelto sus problemas, pero Julián lo había descartado sin explicación aparente.

¿Coincidencia? En la familia Puig, la casualidad era un lujo que nadie podía permitirse.

Una semana después del incidente en la escalera, instalé discretamente un pequeño dispositivo de escucha en el teléfono del despacho principal. No era un acto impulsivo sino calculado. La ética convencional resultaba un impedimento cuando se trataba de desvelar un intento de asesinato.

Aquella misma noche, mientras revisaba las grabaciones, un intercambio captó mi atención. La voz de mi tía Margot, despojada de su habitual cadencia sedada, sonaba inusualmente alerta. Una llamada breve a una agencia de detectives privados. No solicitaba servicios, simplemente... tanteaba posibilidades.

"Solo quiero saber si sería discreto...si ciertos asuntos familiares podrían investigarse sin que... ya sabe, sin que trascienda." Su voz temblaba, pero no por los ansiolíticos. Era miedo genuino.

¿Qué buscaba realmente? ¿Una prueba para proteger a mi abuelo? ¿O un instrumento de chantaje para asegurar su posición en el testamento?

Cerré mi cuaderno de notas pasada la medianoche. La mansión dormía, pero yo sabía que el sueño de sus habitantes estaba plagado de cálculos y estrategias. La fortuna de Don Elías no era simplemente dinero; era un campo magnético que distorsionaba la realidad a su alrededor, alterando el comportamiento de todos como si fuera una fuerza física.

Me acerqué a la ventana de mi habitación. La luna iluminaba el jardín con una luz azulada, fantasmal, convirtiendo los setos perfectamente podados en figuras amenazantes. En algún lugar de aquella casa, alguien planeaba cuidadosamente su próximo movimiento.

El primer intento había fracasado. El segundo sería más sofisticado.

Y yo estaba decidido a ser más astuto que cualquiera, a desenterrar secretos que llevaban décadas pudriéndose bajo la fachada respetable de los Puig.

La verdadera investigación apenas comenzaba. Y el peligro, como siempre, acechaba donde menos se esperaba.

Capítulo 5

Segundo intento con la copa envenenada

El comedor de la mansión Puig en Pedralbes no era solo un espacio físico; era un escenario donde las fortunas familiares habían sido decididas durante generaciones. Aquella noche, bajo la tenue luz ambarina de los candelabros de cristal de Bohemia, se representaba una vez más la obra que todos conocíamos de memoria. Una sinfonía silenciosa de rencores y secretos interpretada con la precisión que solo otorga el temor.

El silencio previo a la cena tenía textura propia. Podía sentirse en el aire, denso, como la calma que precede a una tormenta inevitable. El roce de los cubiertos de plata contra la porcelana de Sèvres —heredada de la bisabuela Teodora y preservada con devoción casi religiosa— marcaba el compás de nuestro ritual familiar. Desde las paredes, los retratos de los antepasados Puig nos observaban con ese juicio frío que solo los muertos pueden permitirse. Juzgaban cada gesto, cada palabra no pronunciada.

Don Elías, mi abuelo, presidía la mesa con esa autoridad que atravesaba el tiempo y el espacio. No necesitaba alzar la voz; su mera presencia era suficiente para que todos ajustáramos nuestra postura, nuestra respiración incluso. A sus ochenta y dos años, mantenía el porte aristocrático de quien ha vencido muchas batallas y sabe que aún quedan otras por librar. Su cabello plateado, peinado con meticulosidad militar, enmarcaba un rostro tallado a base de decisiones implacables.

A su derecha, yo, Matías Puig, el observador, el estudioso de la familia. El nieto que siempre ha mirado desde los márgenes, anotando mentalmente cada movimiento en esta partida de ajedrez familiar. A su izquierda, mi tía Margot, la eterna segundona, cuyo temblor en las manos se había acentuado en las últimas semanas. No era el temblor natural de sus sesenta y tres años, sino el de quien sostiene un peso invisible demasiado tiempo.

Federico, mi primo, jugueteaba con la servilleta de lino, inquieto como siempre. Sus ojos, idénticos a los de su padre —el fallecido hermano mayor de mi madre—, escondían ese brillo ambicioso que ni siquiera intentaba disimular. Julián, el abogado familiar, mantenía esa sonrisa profesional que revelaba nada y prometía menos.

Cuando Álvaro, el sommelier particular de la familia desde hacía tres décadas, entró con la botella de vino sobre la bandeja de plata, percibí un cambio casi imperceptible en el ambiente. Una tensión nueva.

—Un Priorat del 2005, señor —anunció con esa voz neutra tan característica —. Como ordenó para la ocasión.

La botella, oscura y elegante, reflejaba la luz de los candelabros como si guardara secretos líquidos en su interior. El ritual del descorche se desarrolló ante nosotros con precisión litúrgica. Primero el sello de cera, luego el corcho extraído con un suspiro apenas audible. El vino cayendo en la copa de cristal con ese murmullo que prometía placer y olvido.

Mi abuelo, como dictaba la tradición, fue el primero en degustar. Observé cada detalle: cómo giró la copa para apreciar las lágrimas del vino, cómo lo acercó a su nariz poderosa —heredada de los Puig del siglo XVIII, según decía la leyenda familiar—, y finalmente, cómo lo llevó a sus labios con esa deliberación que caracterizaba todas sus acciones.

Fue entonces cuando el tiempo se detuvo.

Un cambio sutil en su expresión. Una rigidez repentina que ascendió por su cuello como una sombra. Sus ojos —aquellos ojos grises que habían intimidado a banqueros y políticos durante décadas— perdieron su brillo metálico, dilatándose con un terror primitivo que jamás había visto en él.

—Matías —su voz sonó extraña, ahogada, como si viniera de otro lugar—. Algo no... —las palabras se desvanecieron en un acceso de tos que sacudió su cuerpo patriarcal.

Reaccioné antes que nadie. Quizás porque llevaba semanas esperando que algo así ocurriera. Lo sostuve cuando comenzó a convulsionar, su cuerpo arqueándose con espasmos violentos. El vino tinto se derramó sobre el mantel blanco, una mancha escarlata que se expandía como augurio. Pero fue la sangre —su sangre— lo que heló el comedor entero. Brotaba de sus labios en pequeños hilos que contrastaban con la palidez repentina de su rostro.

Mi tía Margot emitió un grito que parecía venir de otro siglo. Federico se paralizó, con los ojos desorbitados fijos en la figura derrumbada de su abuelo. Solo Julián mantuvo una serenidad inquietante mientras llamaba a emergencias con voz mecánica, demasiado controlada para ser natural.

El caos que siguió parecía coreografiado: sirvientes entrando y saliendo, órdenes contradictorias, el sonido lejano de una sirena aproximándose. Pero yo solo podía mirar la botella de vino. Una botella que había sido abierta frente a nosotros, servida con el protocolo de siempre. Un veneno que había burlado todos los rituales de seguridad que mi abuelo, paranoico desde el primer intento, había establecido.

Cuando los paramédicos se llevaron a Don Elías —estabilizado pero inconsciente—, sentí el peso de todas las miradas sobre mí. No hacían falta palabras. La pregunta pendía en el aire como el aroma del vino derramado: ¿quién?

Esperé a que la mansión se sumiera en ese silencio inquieto de la madrugada para iniciar mi investigación. El laboratorio privado que mi abuelo había instalado en el sótano —otro síntoma de su paranoia creciente

— me proporcionó las respuestas que la policía, con su investigación superficial, no encontraría.

El análisis toxicológico reveló un compuesto sofisticado. No era cianuro ni arsénico, los venenos de los dramas familiares clásicos. Era algo mucho más elaborado: un derivado orgánico que atacaba el sistema nervioso con precisión quirúrgica. Un veneno que requería conocimiento especializado, conexiones en ciertos círculos farmacéuticos, y sobre todo, acceso al círculo íntimo de mi abuelo.

No era el trabajo de un aficionado ni un ataque de ira. Era metódico, calculado. Una declaración de intenciones. El principio de un asedio.

Mientras observaba los resultados en la pantalla del ordenador, el rostro de Maruxa apareció en mi mente. Mi prima, la no reconocida, la mancha en el blasón familiar. Aquella cuyo nombre solo se pronunciaba en susurros, como si invocarla pudiera materializar la vergüenza que representaba. La hija ilegítima de Don Elías, fruto de una relación con una criada gallega que había sido expulsada de la casa —y de Barcelona— cuando se descubrió su embarazo.

¿Tendría algo que ver con este nuevo intento? ¿Habría regresado para reclamar lo que, en justicia, también era suyo?

La policía, cómplice inconsciente de los silencios familiares, catalogó el incidente como un episodio médico inexplicable. Quizás una reacción alérgica, sugirieron, o una complicación de la hipertensión que mi abuelo padecía.

Pero yo conocía la verdad que se ocultaba tras las apariencias. Alguien, tal vez sentado a nuestra misma mesa, deseaba la muerte de Don Elías. Y más inquietante aún: estaba dispuesto a arriesgarnos a todos para conseguirlo.

Mientras guardaba las pruebas en la caja fuerte oculta tras el retrato del tatarabuelo fundador de la dinastía, comprendí que la partida apenas comenzaba. Y que, quizás, yo era el único jugador consciente de todas las piezas en el tablero.

La guerra por el imperio Puig había entrado en una nueva fase. Y el veneno era solo el primer movimiento.

Capítulo 6

Maruxa, la hereje

Santiago de Compostela no se entregaba fácilmente a los forasteros. La ciudad amurallaba sus secretos tras siglos de piedra gris y lluvia persistente, como si supiera guardar los misterios mejor que las personas. Bajo un cielo plomizo que amenazaba tormenta —siempre amenazaba tormenta en Galicia—, me adentré en sus callejuelas medievales con la sensación de estar penetrando en un territorio prohibido para los Puig.

Tres semanas de investigación meticulosa me habían llevado hasta aquí. Seguir el rastro de Maruxa Salgado había sido como perseguir a un

fantasma que dejaba deliberadamente algunas huellas, como retándome a encontrarla. Documentos universitarios, artículos en revistas de activismo ambiental, una demanda contra una petrolera vinculada a los intereses familiares. Fragmentos que componían el retrato de una mujer que había construido su identidad como antagonista de todo lo que representábamos.

Su apartamento se encontraba en un edificio antiguo del casco histórico, cerca de la Facultad de Filosofía. Un lugar modesto pero con carácter, lejos del lujo ostentoso de la mansión de Pedralbes. Mientras subía los escalones de piedra gastada, cada uno con siglos de historias bajo mis pies, sentí que atravesaba más que una distancia física; era un abismo ideológico, moral quizás.

Cuando finalmente la puerta se abrió, la figura que apareció ante mí no se parecía a lo que había imaginado. Maruxa Salgado era una mujer de estatura media, con ese tipo de belleza inquietante que no podía clasificarse fácilmente. Su cabello oscuro, cortado de forma irregular, enmarcaba un rostro de rasgos definidos que guardaba un parecido innegable con mi abuelo. Los mismos pómulos elevados, la misma mirada penetrante. Pero había algo más en ella: una fuerza salvaje, indomable, que ningún Puig había mostrado jamás públicamente.

Vestía con sencillez estudiada: vaqueros desgastados, una camisa de lino crudo y un colgante de plata antigua que contrastaba con la modernidad de su actitud. No había nada en ella que sugiriera codicia o ambición material. Y eso, paradójicamente, la hacía más peligrosa.

Su apartamento era una declaración de guerra contra el mundo que yo representaba. Estanterías desbordantes de libros de Sartre, Beauvoir, Marx, Foucault. Mapas marcados con ubicaciones de protestas ambientales. Un escritorio abarrotado de panfletos y documentos de organizaciones ecologistas. En una pared, recortes de prensa sobre desastres ambientales provocados por empresas vinculadas al holding Puig. Todo organizado con una precisión que contradecía el aparente caos.

Cuando nuestras miradas se encontraron por primera vez, sentí el filo de su escrutinio como un bisturí psicológico.

—Vienes de parte de él —no era una pregunta, sino una afirmación cargada de desprecio. Su voz tenía ese acento gallego que convertía las palabras en pequeñas sentencias.

—Mi abuelo no sabe que estoy aquí —respondí, sosteniendo su mirada—. Vengo por mi cuenta. Quiero entender.

Una risa seca, áspera como el viento del Atlántico que azotaba los cristales de su ventana, brotó de sus labios. No había alegría en ese sonido, solo ironía destilada.

—¿Entender? —repitió, saboreando cada sílaba como si fuera un concepto extraño—. Los Puig nunca entienden. Observan. Juzgan. Destruyen.

Me ofreció un té en una taza desportillada que, sospechaba, utilizaba deliberadamente para marcar distancias con la vajilla de Sèvres de la

mansión familiar. Lo acepté, consciente de que cada gesto entre nosotros estaba cargado de significado.

—¿Has venido a comprarme? —preguntó directamente mientras servía el té humeante—. ¿A ofrecerme dinero para que desaparezca después de lo que pasó?

Su pregunta me desconcertó. ¿Sabía ella del envenenamiento? ¿O se refería a algo más? Mantuve mi expresión neutra, una técnica aprendida en las innumerables reuniones familiares donde los sentimientos eran debilidad.

—No estoy aquí para negociar —dije finalmente—. Estoy aquí para escuchar tu versión.

Algo cambió en su expresión, un destello de curiosidad quizás, rápidamente sofocado por años de recelo.

Durante las siguientes dos horas, Maruxa Salgado desenterró el pasado con la precisión de una arqueóloga del rencor. Me habló de su madre, Rosalía, una joven criada gallega que había llegado a la mansión Puig con diecinueve años. Hermosa, inteligente, ambiciosa. Me contó cómo mi abuelo la había seducido con promesas veladas, cómo la había convertido en su amante secreta durante casi un año.

—Mi madre no era ingenua —dijo Maruxa, con una intensidad que transformaba su rostro—. Sabía perfectamente quién era él. Pero creía que el amor podía más que las convenciones sociales. Un error que pagó toda su vida.

Cuando el embarazo se hizo evidente, Rosalía fue expulsada de la casa con una suma de dinero que pretendía comprar su silencio. Regresó a Galicia, donde el embarazo fuera del matrimonio era entonces una sentencia de muerte social. Sin familia que la respaldara, sobrevivió limpiando casas y cosiendo para mantener a su hija.

—Mi madre murió sola, a los cuarenta y dos años —las palabras de Maruxa caían como piedras en un pozo profundo—. Un cáncer que no pudo tratarse adecuadamente porque todo el dinero iba destinado a mi educación. Don Elías la destruyó cuando más lo necesitaba.

Su relato estaba teñido de una rabia fría, controlada, mucho más inquietante que cualquier arrebato emocional.

Me contó cómo había crecido sabiendo quién era su padre, cómo su madre le había mostrado recortes de prensa donde aparecía el patriarca de los Puig. Cómo había jurado no tocar nunca el dinero de esa familia, construyendo su identidad como antítesis de todo lo que representábamos.

Había estudiado Filosofía en la Universidad de Santiago. Se había convertido en activista ambiental. Una lectora voraz que devoraba libros sobre justicia social y ecologismo. Su tesis doctoral sobre "Estructuras de poder en el capitalismo tardío" había sido publicada por una editorial independiente.

—¿Sabes por qué no me importa su fortuna? —me miró directamente mientras servía más té, sus movimientos deliberadamente lentos—. Porque el verdadero poder no se hereda. Se construye. Se gana.

Cada palabra era una provocación. Cada gesto, un desafío al orden establecido que yo representaba. Pero bajo esa hostilidad calculada, percibí algo más. Una tensión que no podía atribuirse únicamente al rencor familiar. Una inquietud que parecía reciente.

—¿Has pensado —me preguntó de repente, inclinándose hacia mí como si quisiera compartir un secreto peligroso— que quizás no todo es lo que parece en la perfecta familia Puig?

No elaboró más. No necesitaba hacerlo. La semilla de la duda estaba plantada, y ambos lo sabíamos.

Antes de irme, mientras recogía mi abrigo, vi una fotografía parcialmente oculta entre los libros de su estantería. La tomé, consciente de que estaba cruzando una línea. Era su madre. Joven. Asombrosamente hermosa. Con una mirada inteligente que recordaba peligrosamente a la de mi abuelo. Y algo más: llevaba un colgante idéntico al que Maruxa portaba ahora.

—Era de ella —dijo Maruxa a mis espaldas, sobresaltándome—. El único objeto valioso que conservó cuando la echaron. Una reliquia familiar de los Puig, según me contó. Lo robó el día que la despidieron.

Dejé la fotografía exactamente dónde estaba, pero la imagen quedó grabada en mi memoria. Esa mujer no parecía una víctima indefensa. Había algo calculador en su mirada, una determinación que había heredado su hija.

En el umbral de la puerta, Maruxa me detuvo con una última observación:

—No todos los venenos matan inmediatamente, primo —dijo, con una sonrisa enigmática—. Algunos tardan generaciones en hacer efecto.

Mientras descendía por las escaleras de piedra gastada, bajo la lluvia que comenzaba a caer sobre Santiago con esa insistencia melancólica, comprendí que Maruxa no era simplemente la hereje familiar, la vergüenza escondida. Era una pieza fundamental del rompecabezas. Un enigma que apenas comenzaba a descifrarse.

Y algo me decía que su participación en la historia de los Puig estaba lejos de terminar.

Lo que no lograba determinar era si su intervención sería como justiciera o como verdugo.

Capítulo 7

Las cartas del abuelo

La habitación del hospital privado Sant Joan de Déu tenía ese peculiar silencio que solo existe en los espacios donde la muerte ha pasado cerca sin llegar a consumarse. El blanco inmaculado de las paredes contrastaba con la palidez enfermiza de Don Elías, cuyo cuerpo —antes imponente—

ahora parecía hundirse entre las sábanas como un barco que lentamente se rinde al océano. Los tubos y monitores que lo mantenían vigilado dibujaban una telaraña tecnológica a su alrededor, recordatorio constante de su vulnerabilidad recién descubierta.

Llevaba tres semanas recuperándose del envenenamiento. Tres semanas durante las cuales la mansión Puig había quedado sumida en un silencio tenso, interrumpido únicamente por conversaciones susurradas y el sonido de pasos cautelosos, como si todos temieran despertar a algún espíritu maligno que acechara en los rincones.

La familia se dividía entre visitas programadas al hospital con la precisión de un reloj suizo: mi tía Margot por las mañanas, Federico al mediodía, Julián después del almuerzo. Yo prefería ir al anochecer, cuando los pasillos quedaban desiertos y podía observar a mi abuelo sin las máscaras sociales que todos, incluido él mismo, insistíamos en mantener.

Aquella tarde de jueves, cuando entré en su habitación, algo había cambiado. Don Elías estaba incorporado en la cama, su mirada más clara y penetrante que en días anteriores. La fragilidad seguía allí, pero había recuperado algo de ese magnetismo autoritario que siempre lo había caracterizado. Sobre su regazo descansaba una caja de roble antiguo, de dimensiones modestas pero innegable elegancia, con herrajes de bronce que habían perdido su brillo original pero conservaban intacta su dignidad aristocrática.

—Cierra la puerta, Matías —ordenó, con esa voz suya que, aun debilitada, conservaba el timbre del mando natural—. Y comprueba que no haya nadie en el pasillo.

Obedecí, reconociendo en su tono aquella urgencia controlada que siempre precedía a las decisiones importantes en los negocios familiares. Cuando regresé junto a su cama, sus ojos me estudiaban con una intensidad casi dolorosa, como si intentara determinar algo fundamental sobre mi carácter.

—Te he observado estos años, Matías —continuó, sus dedos acariciando distraídamente los herrajes de la caja—. Entre todos, eres el único que mira más allá de las apariencias. El único que comprende que los imperios no se sostienen solo con dinero o poder.

Un ataque de tos interrumpió su discurso. Le alcancé el vaso de agua de la mesilla de noche, sosteniendo su nuca mientras bebía con pequeños sorbos. Resultaba inquietante ver cómo aquel hombre, que había controlado los destinos de cientos de empleados y manipulado mercados enteros, ahora dependía de mi ayuda para algo tan básico como beber agua.

Cuando se recuperó, sus manos —antes firmes, ahora surcadas por venas azuladas que parecían mapas de ríos antiguos— temblaban ligeramente al señalar la caja.

—Son mis secretos, Matías —dijo con una gravedad que no había escuchado jamás en él—. Nadie más debe verlas. Ni Federico, ni Margot, y especialmente Julián. Nadie.

La confianza era un arma de doble filo en nuestra familia. Y él la manejaba como un maestro de esgrima, dosificándola con precisión quirúrgica según sus designios. Que me eligiera a mí, el observador, el estudioso que siempre había permanecido discretamente al margen de las grandes decisiones familiares, resultaba tan inesperado como inquietante.

—¿Por qué yo? —pregunté, sin poder contenerme.

Una sonrisa enigmática atravesó su rostro, transformándolo momentáneamente en el Don Elías de antes, el estratega implacable que había convertido un pequeño taller textil en un conglomerado multinacional.

—Porque eres el único que sabe hacer preguntas, pero también sabe cuándo callar las respuestas —respondió finalmente—. Y porque, de todos nosotros, eres quien menos tiene que perder... y quizás quien más pueda ganar cuando todo esto termine.

Deposité la caja sobre mis rodillas, sorprendido por su peso. No era solo madera y metal lo que contenía; eran décadas de historia familiar concentradas en un espacio reducido. Una historia que, aparentemente, no era la que todos conocíamos.

—¿Cuándo debo abrirla? —pregunté, contemplando el elaborado cierre que la mantenía sellada.

—Esta noche. Cuando estés solo —sus ojos se desviaron hacia la ventana, donde Barcelona se extendía como un tapiz de luces bajo el cielo del atardecer—. Y Matías...si me ocurre algo, usa la información con prudencia. La verdad es como el veneno: en la dosis adecuada puede curar; en exceso, mata sin remedio.

Antes de marcharme, me detuvo un último comentario, lanzado con aparente casualidad pero que me heló la sangre en las venas:

—Por cierto, ¿has sabido algo de esa chica gallega? ¿La hija de María?

No respondí inmediatamente. Su pregunta confirmaba mis sospechas: Don Elías sabía de mi viaje a Santiago. Había estado vigilando mis movimientos con la misma precisión con que supervisaba sus inversiones bursátiles.

—Maruxa —respondí simplemente, pronunciando el nombre como lo que era: una declaración de guerra familiar.

Asintió lentamente, con ese gesto patriarcal que parecía contener siglos de historia.

—Cuídate de ella, Matías. No es lo que aparenta ser.

Me despedí con la inquietante sensación de que mi abuelo no temía tanto a la muerte como a ciertos secretos que intentaba controlar incluso desde el borde del sepulcro.

Esa noche, en mi habitación de la mansión, me enfrenté a la caja con la reverencia que merece un artefacto arqueológico. Las luces de Barcelona parpadeaban a lo lejos, más allá de los ventanales que daban al jardín,

donde las estatuas neoclásicas proyectaban sombras inquietantes sobre los parterres perfectamente cuidados.

Abrí la caja con la precisión de un cirujano, consciente de que cada documento que contenía podría reescribir la historia familiar que creía conocer. El olor a papel antiguo, a secretos guardados durante décadas, se elevó como un perfume prohibido.

Estaba organizada cronológicamente, con la meticulosidad obsesiva que caracterizaba todos los asuntos de mi abuelo. Cada sobre, cada documento, cada fotografía estaba fechada y catalogada con su caligrafía firme y aristocrática.

La primera carta era de 1962. Estaba dirigida a una tal María Salgado. El papel amarillento temblaba ligeramente entre mis dedos, como si contuviera energía propia. La madre de Maruxa. Un nombre que había sido borrado sistemáticamente de la historia familiar, con esa precisión quirúrgica con que los Puig eliminaban todo lo que amenazaba su imagen pública.

"Querida María," comenzaba la carta, con una formalidad que parecía más una armadura que una cortesía.

"He recibido tus cartas y comprendo tu desesperación. Pero debes entender que hay cosas más grandes que nosotros en juego. Las circunstancias políticas son delicadas. El régimen vigila cada movimiento de familias como la nuestra. Tu pasado sindical es un peligro que no puedo ignorar.

No puedo reconocerte. No puedes entender lo que está en juego. El apellido Puig conlleva responsabilidades que trascienden los sentimientos personales. La niña estará mejor lejos de Barcelona, lejos de un mundo que solo le traería sufrimiento.

Te adjunto la suma acordada. Es más que generosa. Suficiente para comenzar una nueva vida donde nadie conozca tu historia. Te pido, por el bien de todos, que aceptes esta resolución como definitiva.

E.P."

Las palabras flotaban en la página, cargadas de dolor y de algo más oscuro y complejo. ¿Desprecio? ¿Miedo? La caligrafía de mi abuelo era tajante, casi violenta en sus trazos, como si cada palabra hubiera sido escrita con rabia contenida.

En el sobre encontré también un recibo bancario. Una suma considerable para la época. El precio de un silencio que, evidentemente, no había sido suficiente para borrar completamente a María Salgado de la historia familiar.

Continué con la siguiente carta, fechada tres meses después. La respuesta de María había provocado una reacción más contenida pero igualmente firme.

"Tu insistencia resulta peligrosa para ambos. No me obligues a tomar medidas que luego lamentaríamos. Barcelona no es lugar para revolucionarios, y menos aún para mujeres que desafían el orden

establecido. Tus conexiones con los grupos opositores son conocidas por más personas de las que imaginas.

El dinero que te envío mensualmente debería ser suficiente para mantener tu discreción. No confundas un momento de debilidad con algo que nunca podrá ser. Los Puig tenemos un destino que cumplir, y en él no hay lugar para distracciones sentimentales.

No vuelvas a intentar contactarme personalmente. Cualquier comunicación futura debe realizarse a través de los canales establecidos.

E.P."

Más cartas. Documentos. Recortes de periódico amarillentos por el paso del tiempo. Un rompecabezas que comenzaba a revelarse ante mis ojos, mostrándonos una imagen muy diferente de mi abuelo y de los cimientos sobre los que se había construido el imperio familiar.

María Salgado había sido mucho más que una simple criada seducida por el señor de la casa, como sugería la versión oficial que circulaba en susurros por la mansión. Era inteligente. Culta. Una mujer con ideas políticas definidas y conexiones que, aparentemente, mi abuelo temía. Su embarazo no representaba solo un escándalo social, sino algo potencialmente más destructivo para la familia Puig.

Un recorte de periódico llamó particularmente mi atención. Una pequeña nota, casi invisible en la página de sucesos, sobre unos conflictos laborales en las fábricas textiles de los Puig en el norte de África. No mencionaba directamente a María, pero una anotación al margen, con la inconfundible letra de mi abuelo, establecía la conexión: *"M.S. involucrada a través de contactos sindicales. Investigar alcance."*

¿Era posible que la relación entre Don Elías y María Salgado hubiera sido más compleja que un simple romance clandestino? ¿Qué secretos industriales o políticos podría haber conocido ella que justificaran tal obsesión por silenciarla?

Entre los papeles, encontré algo que me heló la sangre. Un informe confidencial, mecanografiado en papel oficial. Firmado por un tal inspector Rodríguez, de la Brigada Político-Social. El aparato represivo del franquismo había estado involucrado en el asunto. El documento hablaba de investigaciones sobre "elementos subversivos" en las empresas Puig. De un movimiento sindical clandestino que podría haber comprometido la posición privilegiada de la familia con el régimen.

Y de María Salgado como posible enlace con grupos opositores en el extranjero.

¿Qué había detrás del desprecio aparente de mi abuelo? ¿Qué secreto guardaba con tanta fiereza que había preferido renunciar a su propia hija antes que enfrentarse a las consecuencias de reconocerla?

Seguí avanzando cronológicamente. Las cartas se espaciaban con los años. El tono cambiaba gradualmente. Del desprecio a la resignación. De la

amenaza velada a una especie de reconocimiento tácito de una deuda moral nunca saldada.

Hasta llegar a la última, fechada apenas cinco años atrás. Ya no era el lenguaje frío y calculador de las primeras comunicaciones. Había algo más cercano al arrepentimiento en cada línea, en cada palabra cuidadosamente elegida.

"María:

Los años pasan y las certezas se desmoronan. Lo que una vez pareció necesario, ahora se revela como una cobardía imperdonable. He seguido la carrera de nuestra hija desde lejos. Su brillantez, su determinación, son cualidades que reconozco porque también son mías. Aunque ella me despreciaría si supiera que la observo con orgullo desde las sombras.

Nunca entenderá que lo que hice, por cruel que pareciera, fue para protegerla. Aquellos eran tiempos oscuros donde una palabra equivocada podía destruir familias enteras. Donde los apellidos pesaban como condenas o como privilegios.

Si Maruxa supiera la verdad sobre lo que ocurrió realmente en Tánger, sobre las decisiones que tuve que tomar para salvaguardar no solo la fortuna familiar, sino nuestras propias vidas...

La frase quedaba inconclusa. Un suspenso deliberado, como si mi abuelo no se atreviera a completar el pensamiento ni siquiera en la intimidad de una carta que quizás nunca enviaría. El papel mostraba señales de haber sido doblado y desdoblado muchas veces, como si el autor hubiera regresado a él repetidamente, incapaz de concluirlo o de desprenderse de él.

Adjunto a esta última carta encontré algo inesperado: una fotografía en blanco y negro. Mostraba a una mujer joven, de belleza serena y mirada desafiante, sosteniendo en brazos a una bebé. En el reverso, una única frase escrita con caligrafía femenina y decisiva: *"Lo que nos arrebataste nunca fue tuyo."* Y una fecha: 1965.

El reloj de la mansión dio las tres de la madrugada, sacándome del trance en que me había sumido aquella inmersión en el pasado familiar. Fuera, la lluvia había comenzado a caer sobre Barcelona con esa cadencia melancólica que parecía acompañar perfectamente el descubrimiento de antiguas traiciones y secretos enterrados.

Comprendí que mi abuelo no solo me había dado una caja de recuerdos personales. Me había entregado un arma. Un arma cargada con verdades que podían destruir los cimientos del imperio Puig, revelando complicidades históricas que muchos preferirían mantener en las sombras. O quizás, paradójicamente, esa misma verdad podría ser la salvación de la familia, liberándonos de un pasado que nos encadenaba a decisiones tomadas en épocas oscuras.

Recordé las palabras enigmáticas de Maruxa en Santiago: *"No todos los venenos matan inmediatamente. Algunos tardan generaciones en hacer efecto."*

Mientras devolvía cuidadosamente cada documento a su lugar en la caja, sentí el peso de la responsabilidad depositada sobre mis hombros. No sabía aún cuál sería el desenlace de esta historia familiar que apenas comenzaba a descubrir. Pero algo me decía que la verdad, como siempre, estaba mucho más cerca y era infinitamente más compleja de lo que cualquiera de nosotros había imaginado.

Y, por primera vez, entendí la profunda soledad que debía haber acompañado a Don Elías durante décadas. La soledad de quien guarda secretos que no pueden ser compartidos sin destruir todo lo construido. La soledad del poder cuando éste se edifica sobre cimientos manchados de sangre y traición.

Cerré la caja con el mismo cuidado con que se sella una tumba. Mañana tendría que tomar decisiones, pero esta noche, mientras la lluvia golpeaba los cristales de la mansión con insistencia casi humana, me permití sentir una extraña compasión por el hombre que siempre había temido y admirado a partes iguales.

Mi abuelo, el patriarca, el manipulador, quizás también había sido una víctima de su tiempo y de sus propias ambiciones. Y ahora me transfería no solo sus secretos, sino la terrible responsabilidad de decidir qué hacer con ellos.

La partida continuaba. Y yo acababa de convertirme en un jugador activo, con cartas que nadie más conocía.

Capítulo 8

Los juegos del espejo

Las fotografías familiares siempre fueron para mí un ejercicio de arqueología visual. En cada imagen aparentemente inocente había capas de significado, secretos codificados en sonrisas forzadas, en miradas esquivas, en la distancia calculada entre los cuerpos. Ahora, con las revelaciones de la caja de mi abuelo resonando todavía en mi cabeza, contemplaba el álbum familiar principal como lo que realmente era: una ficción cuidadosamente elaborada, una narrativa visual que mostraba lo que la familia Puig quería que el mundo viera.

La mansión estaba inusualmente silenciosa aquella mañana. Mi tía Margot había salido temprano a su visita ritual al hospital —más una demostración de obligación que de afecto—, y Federico se había encerrado en el despacho para "poner orden en los asuntos", según su nueva costumbre de hablar como si ya fuera el patriarca designado. De Julián no había señales; probablemente seguía durmiendo después de otra noche de excesos en el yate familiar.

En el salón principal, donde los retratos de generaciones de Puig vigilaban con ojos de óleo cada movimiento, me senté con el álbum en las rodillas y lo abrí con la misma reverencia con que había abierto la caja de mi abuelo.

Pero esta vez no buscaba la verdad en documentos ocultos durante décadas, sino en lo que siempre había estado a la vista.

La primera fotografía era previsible: Don Elías y mi abuela Constanza el día de su boda, 1957. Él, esbelto y distinguido en su traje oscuro; ella, delicada como una figura de porcelana en su vestido de encaje. Una boda perfecta para la alta sociedad barcelonesa, celebrada con la pompa que correspondía a dos familias aristocráticas uniendo sus fortunas. Recordé lo que mi madre me había contado una vez, en uno de esos raros momentos de sinceridad que el vino desataba: "Tu abuelo nunca amó a Constanza. Era un matrimonio estratégico. No existían los divorcios entonces, y menos entre familias como la nuestra. Se resignaron a vivir como extraños bajo el mismo techo".

Pasé las páginas lentamente. Nacimientos de los hijos —mi padre, Federico y Margot— que siempre aparecían como adiciones a la dinastía más que como seres amados. Vacaciones en la Costa Brava, cacerías en la finca extremeña, celebraciones navideñas donde las sonrisas nunca llegaban a los ojos. Una familia ejemplar para el régimen franquista: rica, católica, conservadora, aparentemente armoniosa.

Y entonces lo vi. Un detalle que había pasado desapercibido durante años pero que ahora, con los nuevos conocimientos adquiridos, resultaba revelador. En una fotografía de 1962, durante la inauguración de una de las fábricas textiles en el norte de África, Don Elías aparecía estrechando la mano de un funcionario del régimen. En segundo plano, casi desenfocada pero reconocible, una mujer joven que servía copas de champán a los invitados. Su rostro, parcialmente girado, mostraba unos rasgos inconfundibles que había visto recientemente en dos lugares: en la fotografía de la caja de mi abuelo y en el rostro de Maruxa Salgado, en Santiago.

María Salgado no había sido simplemente una criada de la mansión, como insinuaba la versión oficial. Había estado presente en actos corporativos importantes, en un rol que seguramente le daba acceso a conversaciones, negociaciones, secretos empresariales. "Tu pasado sindical es un peligro que no puedo ignorar", había escrito mi abuelo en su carta. ¿Qué información peligrosa poseía María? ¿Qué había descubierto sobre los negocios de los Puig que la convertía en una amenaza tan seria?

Seguí examinando el álbum con renovada atención. Las fotografías de ese período mostraban a un Don Elías tenso, con una sonrisa que parecía más una mueca y un brillo vigilante en los ojos. Especialmente reveladora era una imagen de la Navidad de 1963, donde aparecía distraído, mirando hacia un punto fuera de la fotografía mientras toda la familia posaba para el retrato anual. Mi abuela Constanza, siempre perfecta en su compostura aristocrática, mantenía una expresión indescifrable, pero sus nudillos blanquecinos sobre el reposabrazos del sillón traicionaban una tensión extrema.

¿Lo sabía? ¿Era consciente Constanza del romance de su marido con María Salgado, de la existencia de Maruxa? En nuestra familia, los secretos rara

vez eran realmente secretos; simplemente se convertían en verdades no pronunciadas, en silencios pactados a cambio de mantener las apariencias y los privilegios.

—Siempre fuiste el más observador —la voz de Helena, la antigua ama de llaves, me sobresaltó—. Desde niño mirabas las fotografías como si intentaras leer algo escrito en un idioma extranjero.

Helena llevaba en la mansión desde antes que yo naciera. Sus ojos, gastados por décadas de observación discreta, habían presenciado gran parte de la historia no escrita de los Puig. A sus setenta y tantos años, se movía por la casa con la seguridad territorial de quien conoce cada rincón, cada secreto, cada mancha que los demás intentaban ignorar.

—¿La conociste? —pregunté directamente, mostrándole la fotografía donde aparecía María Salgado—. ¿Conociste a María?

Helena se sentó frente a mí con un suspiro que contenía décadas de discreción forzada. Sus manos, nudosas y marcadas por la artritis, temblaban ligeramente sobre su regazo. Ya no tenía nada que perder; la edad le había concedido una libertad que pocos en la mansión Puig podían permitirse.

—La conocí mejor que nadie —respondió finalmente, con voz baja pero firme—. Era mi sobrina.

La revelación cayó como una piedra en aguas aparentemente tranquilas. Helena, siempre leal, siempre reservada, había sido el vínculo. La conexión escondida que explicaba muchas cosas.

—Fui yo quien la trajo a la casa —continuó, su mirada perdida en recuerdos dolorosos—. Un error imperdonable. Creí que aquí tendría oportunidades, que podría estudiar mientras trabajaba, que Don Elías la ayudaría como había ayudado a otros empleados prometedores.

Su relato confirmaba algunas sospechas y abría nuevos interrogantes. María había llegado a la mansión Puig recomendada por Helena, pero no como una simple criada. Era una joven inteligente con aspiraciones. Estudiaba económicas por las noches y tenía un don natural para los idiomas que resultó tremendamente útil cuando comenzaron a llegar inversores extranjeros interesados en los negocios de los Puig.

—Don Elías quedó fascinado desde el principio —Helena hablaba ahora con más libertad, como si hubiera estado esperando décadas para compartir esta historia—. No era solo su belleza, que era innegable. Era su mente. Su forma de pensar, tan diferente a lo que él estaba acostumbrado en su círculo social. María le desafiaba, le cuestionaba, le hacía ver el mundo desde otra perspectiva.

La relación había comenzado como un intercambio intelectual y había derivado en algo más profundo y complejo. María no era una víctima seducida por el poderoso patriarca, como sugería la narrativa simplista que circulaba en susurros por la mansión. Era una mujer con convicciones propias que veía en su relación con Don Elías una forma de influir en decisiones que afectaban a cientos de trabajadores.

—El problema surgió con el contrato de Tánger —continuó Helena—. María descubrió algo. Algo sucio que involucraba a altos funcionarios del régimen, a Don Elías, y a ciertos inversores extranjeros que nunca aparecían en los documentos oficiales.

Helena no conocía todos los detalles. María se había vuelto más reservada en los últimos meses de su estancia en la mansión. Pero sí sabía que su sobrina había comenzado a documentar irregularidades, a establecer contactos con periodistas extranjeros, a preparar una denuncia que podría haber volado por los aires no solo la reputación de los Puig, sino sus relaciones privilegiadas con el régimen franquista.

—¿Y el embarazo? —pregunté, intentando encajar todas las piezas.

—Complicó todo —Helena se pasó una mano temblorosa por el pelo encanecido—. Para María no cambiaba nada; estaba decidida a seguir adelante con sus planes. Pero para Don Elías supuso un dilema terrible. Por un lado, sentía algo genuino por ella, algo que nunca había sentido por tu abuela. Por otro, el escándalo habría destruido todo lo que había construido.

La historia que Helena me contó entonces parecía sacada de una novela de intriga. Mi abuelo había intentado primero el soborno, ofreciendo a María una suma importante para que guardara silencio sobre los negocios irregulares y se marchara discreta mente a Francia con su hija nonata. Pero María no era el tipo de persona que se vendía. Tenía principios que Don Elías, con toda su astucia empresarial, no había sabido valorar correctamente.

—Entonces recurrió a la amenaza —Helena bajó aún más la voz, aunque estábamos solos en el salón—. No directamente, por supuesto. Don Elías nunca ensuciaba sus manos. Pero le hizo llegar información sobre lo que les ocurría a los opositores al régimen, especialmente a las mujeres. Sobre cómo podían arrebatarle a su hija y enviarla a un orfanato del Auxilio Social mientras ella cumplía condena por "actividades subversivas".

La miré fijamente, asimilando la magnitud de lo que me estaba revelando. Mi abuelo, el respetado patriarca, el empresario modélico, había utilizado el aparato represivo de la dictadura para silenciar a la madre de su hija ilegítima.

—¿Y funcionó? —pregunté, aunque creía conocer la respuesta.

Helena asintió lentamente.

—María era valiente, pero no estúpida. Sabía que no podía enfrentarse sola al régimen. Aceptó el dinero y regresó a Galicia, donde al menos tenía algunas amistades que podían ayudarla. Prometió guardar silencio sobre los negocios de los Puig a cambio de pagos mensuales que garantizaran la educación de su hija.

Un silencio espeso se instaló entre nosotros. El álbum familiar seguía abierto sobre mis rodillas, mostrando imágenes de una vida que ahora sabía era parcialmente una construcción, un decorado teatral tras el cual se ocultaban traiciones, amenazas, secretos inconfesables.

—Don Elías me hizo jurar que nunca revelaría nada de esto —continuó Helena después de un largo silencio—. Y lo he cumplido durante décadas. Pero ahora él está al borde de la muerte, y tengo que hablar con alguien que quizás pueda hacer algo, que pueda corregir, aunque sea parcialmente, el daño causado.

Tomé sus manos entre las mías, conmovido por el peso que esta mujer había cargado durante tanto tiempo. Leal a dos bandos enfrentados, atrapada en medio de un conflicto familiar que había exigido su silencio cómplice.

—¿Por qué me lo cuentas ahora? —pregunté finalmente.

Helena me miró directamente, con una lucidez sorprendente en sus ojos cansados.

—Porque vi cómo guardabas la caja de tu abuelo anoche. Porque sé que has estado en Santiago, que has conocido a Maruxa. Y porque de todos en esta casa, eres el único que mira los reflejos en el espejo en lugar de su propia imagen.

Su respuesta me desconcertó. ¿Cuánto sabía realmente esta mujer? ¿Qué más había observado durante décadas de servicio silencioso en la mansión?

Antes de que pudiera seguir interrogándola, un ruido de pasos nos alertó de que ya no estábamos solos. Federico apareció en el umbral del salón, con su habitual expresión de superioridad apenas disimulada.

—El doctor Rovira ha llamado —anunció con un tono artificial de preocupación—. El estado del abuelo ha empeorado repentinamente. Deberíamos ir todos al hospital.

Helena se levantó con dificultad y salió discretamente de la habitación, reasumiendo inmediatamente su papel de sirvienta invisible. Pero antes de desaparecer, me lanzó una mirada significativa que comprendí perfectamente: esta conversación no había terminado.

Mientras seguía a Federico hacia el garaje, donde el chófer ya esperaba para llevarnos al hospital, pensé en los juegos de espejos que habían definido la historia de mi familia. Nada era lo que parecía. Cada imagen tenía su reverso, cada verdad oficial ocultaba mentiras cuidadosamente elaboradas, cada decisión aparentemente racional escondía motivos turbios que nadie se atrevía a nombrar.

Y ahora, mientras el coche atravesaba las calles de una Barcelona indiferente a nuestros dramas privados, me preguntaba qué otros reflejos distorsionados, qué otras verdades incómodas, me aguardaban en esta búsqueda que ya no podía —ni quería— abandonar.

Porque los espejos, como bien sabía, nunca mienten. Simplemente muestran lo que estamos dispuestos a ver. Y yo, por primera vez en mi vida, estaba decidido a no apartar la mirada, por dolorosa que fuera la imagen reflejada.

Capítulo 9

Ecos del pasado

El hospital Sant Joan de Déu se transformaba por las noches. Los pasillos que durante el día bullían con la actividad de médicos, enfermeras y visitantes se sumían en un silencio casi reverencial, interrumpido únicamente por el zumbido de los equipos médicos y los pasos amortiguados del personal nocturno. A través de los ventanales del pasillo que conducía a la habitación de mi abuelo, Barcelona ofrecía un paisaje hipnótico de luces temblorosas que se fundían con un cielo negro y amenazante, preñado de nubes de tormenta que se negaban a descargar su furia sobre la ciudad.

Al llegar a la puerta de la habitación 307, me detuve. Federico y mi tía Margot ya estaban dentro, sus siluetas recortadas contra la luz artificial que bañaba el lecho de Don Elías. Julián había aparecido también, con los ojos enrojecidos y el inconfundible aroma a coñac caro impregnado en su ropa de diseño. Los tres mantenían aquella distancia calculada que siempre habían guardado con el patriarca, como satélites orbitando alrededor de un astro moribundo cuya gravedad, incluso ahora, seguía determinando sus trayectorias.

El doctor Rovira, un hombre enjuto de rostro afilado y ojos claros que parecían haber contemplado demasiadas muertes para conmoverse ante una más, me interceptó antes de que pudiera unirme al sombrío concilio familiar.

—El envenenamiento ha dañado más órganos de lo que pensábamos inicialmente —explicó en voz baja, con esa mezcla perfecta de profesionalidad y empatía ensayada—. Los riñones están fallando. Hemos comenzado diálisis de emergencia, pero a su edad y con su estado general...

Dejó la frase suspendida en el aire, pero el mensaje era inequívoco. Don Elías se moría. Esta vez no habría estrategias brillantes ni maniobras de último momento que pudieran salvarlo. El gran manipulador se enfrentaba al único adversario contra el que sus tácticas resultaban inútiles.

—¿Está consciente? —pregunté, sintiendo cómo un nudo se formaba en mi garganta.

—Va y viene —respondió el médico—. Hay momentos de lucidez sorprendente seguidos de periodos confusos. No es infrecuente en estos casos. La mente a veces se aferra a la realidad con más fuerza justo antes de abandonarla definitivamente.

Asentí, agradeciendo la información con un gesto. El doctor Rovira se alejó por el pasillo, dejándome solo frente a la decisión de entrar en aquella habitación donde la muerte había comenzado ya su lento ritual de posesión.

Cuando finalmente crucé el umbral, la escena que encontré era un estudio perfecto de las dinámicas familiares de los Puig. Tía Margot, de pie junto a

la ventana, mantenía su compostura aristocrática intacta, como si estuviera posando para un retrato oficial en lugar de presenciando la agonía de su padre. Federico se había instalado en el sillón más cercano a la cama, en una posición que le permitía controlar visualmente tanto al enfermo como las reacciones del resto de la familia. Y Julián, incapaz de permanecer quieto, deambulaba nerviosamente de un extremo a otro de la habitación, como un animal enjaulado que presiente un peligro que no puede identificar.

Don Elías parecía haber encogido desde mi última visita. Su cuerpo, antes imponente, se perdía entre las sábanas hospitalarias con una fragilidad que resultaba casi obscena para quienes lo habíamos conocido en su esplendor. La mascarilla de oxígeno cubría parcialmente su rostro, empañándose con cada respiración trabajosa. Sus manos, aquellas manos que habían firmado contratos millonarios y acariciado a mujeres prohibidas, descansaban inertes sobre la colcha blanca, surcadas por vías intravenosas que se ramificaban como ríos azulados bajo su piel translúcida.

—Vaya, el intelectual de la familia finalmente se digna a aparecer —la voz de Federico destilaba ese veneno sutil que había perfeccionado con los años—. Comenzábamos a pensar que estabas demasiado ocupado con tus... investigaciones.

Antes de que pudiera responder, un sonido gutural nos sobresaltó a todos. Los ojos de Don Elías se habían abierto y nos miraban con una intensidad febril, como si contemplara una escena particularmente desagradable. Con un esfuerzo visible, se quitó la mascarilla de oxígeno.

—Basta de... teatros —articuló con voz ronca pero sorprendentemente firme—. Dejadme... a solas con Matías.

La petición cayó como una bomba en aquella habitación cargada de tensiones no expresadas. Federico se incorporó bruscamente, sus facciones contorsionadas en una máscara de indignación apenas contenida.

—Pero papá, hay decisiones importantes que tomar y como tu hijo mayor...

—He dicho... a solas —insistió Don Elías, y por un momento vislumbré al hombre que había sido, al industrial implacable que había construido un imperio con la misma determinación con que ahora nos expulsaba de su lecho de muerte—. Todos... fuera.

Tía Margot fue la primera en moverse hacia la puerta, con esa dignidad glacial que la caracterizaba. Julián la siguió después de lanzarme una mirada que oscilaba entre la curiosidad y el resentimiento. Federico fue el último en ceder, y lo hizo con una reverencia sarcástica que prometía represalias futuras.

—Como desees, papá. Al fin y al cabo, siempre has sabido lo que hacías... o al menos eso nos has hecho creer a todos.

Cuando la puerta se cerró tras él, el silencio en la habitación se volvió casi palpable. Me acerqué a la cama con pasos medidos, consciente de que este momento podría ser el último que compartiera con el hombre que había marcado mi vida de tantas formas contradictorias.

Don Elías me estudió con esa mirada penetrante que parecía capaz de desmontar el alma de una persona pieza por pieza, como si fuera uno de esos complejos mecanismos de relojería suizos que coleccionaba.

—La abriste... —no era una pregunta.

—Sí —confirmé, sin especificar que hablábamos de la caja. No hacía falta. Entre nosotros siempre había existido esa capacidad para comunicarnos con medias palabras, con silencios cargados de significado.

Asintió lentamente, como si mi respuesta confirmara algo que ya sabía.

—Y has... hablado con... Helena.

De nuevo, no era una pregunta. Era asombrosa su capacidad para controlar los hilos incluso ahora, postrado en una cama de hospital con la muerte acechando en cada respiración entrecortada.

—Hay cosas que necesito saber, abuelo —dije, acercando una silla al borde de la cama—. Sobre Tánger. Sobre lo que realmente ocurrió. Sobre por qué María Salgado representaba una amenaza tan grande que estuviste dispuesto a utilizar el aparato represivo del régimen contra ella.

Una sombra cruzó su rostro, como una nube pasajera que oscurece momentáneamente un paisaje. Por un instante, creí ver algo parecido al arrepentimiento en sus ojos, pero desapareció tan rápido que podría haberlo imaginado.

—Siempre fuiste... demasiado curioso —murmuró, cerrando brevemente los ojos como si reuniera fuerzas—. Desde niño... siempre haciendo preguntas... incómodas.

—Esta vez necesito respuestas, no evasivas —insistí, con una firmeza que me sorprendió a mí mismo—. Si me entregaste esa caja fue por algo.

Don Elías intentó incorporarse ligeramente, y le ayudé colocando otra almohada tras su espalda. Su rostro quedó más cerca del mío, y pude ver los estragos que la enfermedad y los años habían causado en sus facciones alguna vez imponentes. Sin embargo, sus ojos mantenían aquella claridad perturbadora, aquella inteligencia afilada que había sido su arma más letal en los negocios y en la vida.

—Es cierto... lo que te contó Helena —comenzó, con voz entrecortada por el esfuerzo—. María era... especial. No una empleada más. Ni siquiera... una amante cualquiera. Tenía una mente... privilegiada. Y principios... inflexibles.

Hizo una pausa para recuperar el aliento. El monitor cardíaco junto a la cama registraba un ritmo ligeramente acelerado, pero estable dentro de los parámetros alarmantes que ahora constituían su normalidad.

—El negocio de Tánger... —continuó finalmente—. Era más que un contrato textil. Involucraba... a personas poderosas. Militares de alto rango... ministros... incluso contactos en.... la CIA americana.

Esta revelación me dejó momentáneamente sin habla. ¿La CIA? La Guerra Fría había tenido repercusiones en todos los rincones del mundo, pero

nunca había imaginado que los negocios de mi abuelo pudieran tener ramificaciones geopolíticas de ese calibre.

—En esa época... —prosiguió Don Elías, cada palabra un esfuerzo visible—, España necesitaba desesperadamente inversión extranjera... y reconocimiento internacional. El régimen estaba dispuesto a.... cualquier cosa para conseguirlo. Incluso... cerrar los ojos ante ciertas... operaciones.

—¿Qué tipo de operaciones? —pregunté, aunque una parte de mí temía la respuesta.

Mi abuelo me miró directamente, con una intensidad que parecía querer grabar sus palabras en mi memoria.

—Lavado de dinero... tráfico de armas hacia países africanos... información confidencial. Éramos el... puente perfecto. Una empresa textil respetable... con fábricas en el norte de África... y conexiones con el régimen.

Se interrumpió, sacudido por un ataque de tos que me alarmó. Le acerqué un vaso de agua, pero lo rechazó con un gesto impaciente.

—Y María... lo descubrió —logró decir finalmente, con la voz reducida casi a un susurro.

—¿Cómo? —insistí, inclinándome más para no perder ni una palabra.

—Ella trabajaba como... intérprete en las reuniones. Hablaba perfectamente inglés y francés, algo... inusual para una mujer de su origen... en esa época. Al principio creí que no entendía... las implicaciones de lo que traducía. Pero María era... extremadamente inteligente. Y tenía contactos... en el movimiento sindical clandestino... incluso con periodistas extranjeros.

El cuadro comenzaba a completarse, las piezas encajaban de forma aterradora. María Salgado no había sido simplemente una empleada seducida por el poderoso patriarca. Había sido una testigo involuntaria de operaciones que bordeaban la traición.

—Una noche... —continuó Don Elías, con la mirada perdida en recuerdos dolorosos—, la encontré copiando documentos... en mi despacho. Documentos que probaban... las transferencias ilegales... los nombres de los implicados... las verdaderas mercancías que se movían... bajo el amparo de nuestras exportaciones textiles.

Hizo una pausa para recuperar el aliento. El ritmo del monitor cardíaco se había acelerado, pero él parecía decidido a continuar. A confesar, finalmente, el pecado original que había marcado a la familia durante generaciones.

—Me enfrenté a una... decisión imposible —su voz adquirió un tono casi suplicante, como si buscara una absolución que sabía que no merecía—. Si María hacía públicos esos documentos... no solo yo acabaría en prisión. Toda la familia sería... destruida. Y los militares involucrados... no se habrían conformado con arrestarla. La habrían hecho... desaparecer. Como a tantos otros.

—Así que la amenazaste con usar al régimen contra ella —completé, sintiendo cómo una mezcla de horror y comprensión me invadía—. La obligaste a huir.

Don Elías cerró los ojos, y por un momento pensé que se había quedado dormido. Pero cuando volvió a abrirlos, vi algo que nunca había visto en ellos: dos lágrimas solitarias se deslizaban por sus mejillas ajadas.

—La quería, Matías —confesó con voz quebrada—. La quería como... nunca quise a tu abuela. Pero elegí el imperio... sobre el amor. La familia... sobre la verdad. Y he pagado ese precio... cada día de mi vida.

Se detuvo, exhausto por el esfuerzo y la emoción. El monitor cardíaco mostraba ahora picos irregulares que me preocuparon. Pensé en llamar a una enfermera, pero la mano de mi abuelo se cerró sorprendentemente fuerte sobre mi muñeca, reteniéndome.

—No he terminado —insistió—. Necesitas saber... todo.

Asentí en silencio, permitiéndole continuar a su ritmo. Sabía que esta podría ser nuestra última conversación, y las respuestas que buscaba valían el riesgo de prolongarla más allá de lo prudente.

—María aceptó el dinero... pero no por ella —prosiguió Don Elías—. Lo aceptó por Maruxa... para darle un futuro. Pero jamás... renunció a su venganza.

—¿Venganza? —repetí, confundido—. ¿De qué tipo de venganza estamos hablando?

Una sonrisa amarga se dibujó en el rostro de mi abuelo, una sonrisa que contenía décadas de paranoia justificada.

—Durante años... María mantuvo contacto con personas del movimiento clandestino. Sindicatos ilegales... opositores al régimen. Sospecho que... guardó copias de los documentos... como seguro. Y cuando murió... se los dejó a Maruxa.

Esta revelación iluminó instantáneamente el comportamiento de Maruxa en Santiago, su interés por la historia familiar, las preguntas aparentemente inocentes sobre los negocios en el norte de África. No había sido casualidad que apareciera en mi vida precisamente ahora, cuando Don Elías se debatía entre la vida y la muerte.

—¿Crees que Maruxa planea hacer públicos esos documentos? —pregunté, intentando asimilar las implicaciones.

Mi abuelo negó débilmente con la cabeza.

—Peor... —su voz era apenas audible ahora—. Creo que ella... me envenenó.

El impacto de sus palabras fue como un golpe físico. Me quedé inmóvil, contemplando a aquel hombre disminuido que había ejercido tanto poder sobre todos nosotros. La idea de que Maruxa, aquella mujer de ojos intensos y sonrisa enigmática que me había cautivado en Santiago, fuera

capaz de un acto tan calculado me resultaba simultáneamente increíble y perturbadora.

—¿Tienes pruebas? —logré preguntar finalmente.

—Intuición... —respondió Don Elías, con un destello de su antigua agudeza —. Ella estuvo en Barcelona... la semana antes del envenenamiento. Helena... la vio. No me lo dijo... hasta hace unos días.

Mi mente trabajaba frenéticamente, conectando eventos, analizando coincidencias, reevaluando conversaciones. Recordé algo que Maruxa había dicho en Santiago, aquella frase inquietante que había quedado resonando en mi memoria: "No todos los venenos matan inmediatamente. Algunos tardan generaciones en hacer efecto."

—¿Por qué me cuentas todo esto? —pregunté, consciente de que cada palabra le costaba a mi abuelo un esfuerzo extraordinario—. ¿Qué esperas que haga con esta información?

Don Elías respiró profundamente antes de responder, como si reuniera las últimas reservas de fuerza que le quedaban.

—Porque tú eres... el único que puede... evitar que el pasado destruya el futuro —dijo finalmente—. Maruxa tiene razones para... odiarme. Para odiar a los Puig. Pero tú... puedes hablar con ella. Mostrarle que... no somos todos iguales.

—¿Quieres que la detenga? —pregunté, perplejo ante la confianza que depositaba en mí.

—Quiero que la entiendas —corrigió, con un destello de la antigua autoridad en su voz—. Y que luego... decidas por ti mismo... qué parte de la historia... merece ser contada.

Un pitido agudo del monitor interrumpió nuestra conversación. La puerta se abrió bruscamente y el doctor Rovira entró seguido por dos enfermeras, que me apartaron con firmeza del lado de mi abuelo.

—Tiene que salir —ordenó el médico, mientras las enfermeras comenzaban maniobras de reanimación—. Está sufriendo un fallo cardíaco.

Retrocedí hacia la puerta, aturdido por todo lo que acababa de escuchar. En el umbral me encontré con Federico, que intentaba ver lo que ocurría dentro con una mezcla de preocupación y cálculo en su mirada.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó sin preámbulos, sus ojos entrecerrados con suspicacia—. ¿A qué viene tanto secretismo?

No respondí inmediatamente. En el pasillo, Margot y Julián esperaban también, cada uno manteniendo la distancia emocional que habían perfeccionado con los años. Helena había aparecido también, silenciosa como siempre, su mirada cargada de preguntas que no se atrevía a formular en voz alta.

En ese momento comprendí plenamente el peso de la responsabilidad que Don Elías había depositado sobre mis hombros. No se trataba simplemente de secretos familiares o de negocios turbios sepultados por el tiempo. Se

trataba de decidir qué versión de la historia prevalecería, qué verdades merecían ser rescatadas del olvido, y qué mentiras debían ser expuestas aunque el precio fuera la destrucción de todo lo que los Puig habían construido.

—Hablaremos después —respondí finalmente, esquivando la pregunta de Federico—. Ahora mismo, hay decisiones más urgentes que tomar.

Me aparté del grupo familiar y caminé hasta el final del pasillo, donde un ventanal ofrecía una vista panorámica de Barcelona iluminada en la noche. La ciudad que había sido testigo del ascenso de los Puig, de sus triunfos y sus pecados, parecía observarnos ahora con indiferencia, como si supiera que nuestros dramas personales no eran más que efímeros destellos en su larga historia.

Saqué mi teléfono y busqué entre mis contactos recientes el número de Maruxa Salgado. Si mi abuelo tenía razón, estaba a punto de comunicarme con la persona que lo había envenenado, con la hija no reconocida que había esperado décadas para ejecutar su venganza.

Pero antes de pulsar el botón de llamada, dudé. Las revelaciones de Don Elías habían cambiado todo, pero también habían abierto nuevas preguntas. ¿Era Maruxa realmente la envenenadora? ¿O había alguien más, alguien dentro del círculo familiar, que tuviera motivos para eliminar al patriarca?

Y si Maruxa realmente poseía aquellos documentos incriminatorios, ¿tenía yo derecho a detenerla? ¿No merecían ser conocidas esas verdades, por dolorosas que fueran?

Detrás de mí, el caos controlado de la reanimación médica continuaba. Los Puig permanecían en sus posiciones, como actores esperando instrucciones sobre cómo comportarse ante la inminente muerte del director.

Y yo, con el teléfono en la mano y la mente llena de secretos recién descubiertos, comprendí que me encontraba en un punto de inflexión. Cualquier decisión que tomara a continuación alteraría irrevocablemente el curso de nuestra historia familiar. Podría perpetuar las mentiras que nos habían definido durante generaciones o podría exponerlas a la luz, con todas las consecuencias que eso conllevaría.

El teléfono pesaba en mi mano como una sentencia. Barcelona parpadeaba indiferente tras el cristal. Y en algún lugar de esta ciudad, Maruxa Salgado esperaba, paciente como había esperado toda su vida, a que la verdad finalmente emergiera de las sombras donde los poderosos la habían confinado durante demasiado tiempo.

Capítulo 10

La sombra de la duda

La lluvia golpeaba los ventanales de la mansión Puig con una insistencia casi premonitoria. Era medianoche y la ciudad dormía, ajena a los dramas que se desarrollaban tras las imponentes fachadas del barrio alto. Yo

permanecía sentado en el despacho que había pertenecido a Don Elías durante décadas, contemplando el teléfono en mi mano como si fuera un artefacto peligroso. El número de Maruxa seguía en la pantalla, esperando una decisión que no me atrevía a tomar.

Habían pasado seis horas desde que el corazón de mi abuelo se detuviera definitivamente. Seis horas en las que la maquinaria familiar se había puesto en marcha con esa eficiencia despiadada que caracterizaba a los Puig. Federico ya había contactado con los abogados, Tía Margot organizaba el funeral con la misma precisión con que planificaba sus fiestas benéficas, y Julián ahogaba su supuesto dolor en una botella de whisky escocés que probablemente costaba más que el salario mensual de cualquiera de los empleados de las fábricas.

Nadie lloraba. Nadie realmente lamentaba la pérdida. Solo interpretaban los papeles que se esperaba de ellos, como actores consumados en una obra de teatro que habían ensayado toda su vida.

El despacho permanecía exactamente como Don Elías lo había dejado la última vez que trabajó allí. Los libros de contabilidad alineados perfectamente en las estanterías de madera oscura, las fotografías estratégicamente colocadas mostrando al patriarca estrechando manos de ministros y empresarios, el globo terráqueo en cuya superficie pequeñas banderas rojas marcaban las ubicaciones de las fábricas y oficinas del imperio Puig. Un imperio construido sobre mentiras, chantajes y traiciones.

—¿Puedo pasar? —la voz de Helena me sobresaltó. La anciana ama de llaves permanecía en el umbral, con ese aire de discreción profesional que nunca abandonaba, ni siquiera en los momentos más íntimos.

—Adelante —respondí, guardando el teléfono—. ¿Federico te envía para espiarme?

Helena cerró la puerta tras de sí y se acercó con pasos silenciosos. Había algo diferente en su postura, como si la muerte de Don Elías hubiera aflojado invisibles ataduras que la mantenían erguida durante todos estos años.

—No estoy aquí por órdenes de nadie —dijo con una firmeza sorprendente —. Hay algo que debes saber antes de que sea demasiado tarde.

La miré atentamente. Las arrugas de su rostro parecían más profundas bajo la luz amarillenta de la lámpara de escritorio, y sus ojos, normalmente cautos y reservados, brillaban con una determinación que nunca le había visto.

—Te escucho —dije, señalando la silla frente a mí.

Helena negó con la cabeza, rechazando la invitación a sentarse. Permaneció de pie, como si lo que estaba a punto de revelar requiriera toda su dignidad.

—La noche que Don Elías fue envenenado, no fue la primera vez que alguien intentó matarlo —comenzó, bajando la voz aunque estábamos solos

—. Hace tres semanas, encontré algo extraño en su medicación habitual. Las pastillas para el corazón habían sido sustituidas por otras casi idénticas.

—¿Se lo dijiste a él? —pregunté, sintiendo cómo una pieza más del rompecabezas caía en su lugar.

—Por supuesto. Don Elías no pareció sorprenderse —Helena se pasó una mano temblorosa por el pelo canoso—. 'Los buitres se impacientan', dijo. Pero no quiso alertar a nadie más. Ni siquiera a su médico personal.

—¿Por qué me cuentas esto ahora?

Helena extrajo un pequeño sobre del bolsillo de su delantal. Lo depositó sobre el escritorio con la solemnidad de quien entrega una última voluntad.

—Porque Don Elías me pidió que te entregara esto si algo le ocurría. Solo a ti. Y porque sé que hay más intentos en marcha. Esta casa ya no es segura para nadie que busque la verdad.

Con esas palabras, se dio la vuelta y salió del despacho con la misma discreción con que había entrado, dejándome a solas con el sobre y mis pensamientos cada vez más turbios.

Examiné el sobre. Era de papel grueso, color marfil, con mi nombre escrito en la inconfundible caligrafía de Don Elías. Lo abrí con cuidado, consciente de que podría contener la respuesta a las preguntas que habían poblado mis noches de insomnio desde que regresé a Barcelona.

Dentro había una llave pequeña, de bronce, aparentemente antigua. Y una nota breve, escrita con tinta azul: "La verdad está en la caja fuerte del chalet de Cadaqués. Solo tú puedes decidir qué hacer con ella. No confíes en nadie de la familia. Ni siquiera en quien dice ser tu aliado."

La llave pesaba en mi mano como una responsabilidad indeseada. El chalet de Cadaqués, esa construcción modernista frente al mar donde Don Elías se refugiaba cuando necesitaba alejarse del bullicio familiar. Hacía años que nadie visitaba esa propiedad, oficialmente cerrada por "reformas" que nunca llegaban a realizarse.

Un golpe seco en la puerta interrumpió mis cavilaciones. Sin esperar respuesta, Federico entró con ese aire de autoridad recién adquirida que ya había comenzado a ensayar.

—Aquí estás —dijo, escudriñando el despacho como si buscara señales de intrusión—. Te hemos estado buscando por toda la casa. El notario llegará en una hora para una lectura preliminar del testamento.

—¿Tan pronto? —pregunté, deslizando discretamente la llave en mi bolsillo —. El abuelo apenas hace unas horas que...

—Los negocios no esperan —me interrumpió con impaciencia—. Y hay rumores inquietantes circulando. Prefiero asegurarme de que todo está en orden antes de que los buitres empiecen a revolotear.

La elección de palabras me sobresaltó. La misma expresión que Don Elías había usado según Helena. ¿Coincidencia o algo más siniestro?

—¿Qué clase de rumores? —inquirí, estudiando su reacción.

Federico se acercó al mueble bar y se sirvió un coñac sin molestarse en ofrecerme uno. Lo observé mientras bebía un sorbo con aparente calma, pero la tensión en sus hombros traicionaba su ansiedad.

—El médico forense ha encontrado trazas de un compuesto inusual en la sangre del abuelo —dijo finalmente, mirándome directamente—. Están considerando abrir una investigación por posible envenenamiento.

Intenté mantener una expresión neutra, aunque mi mente trabajaba a toda velocidad. Si las autoridades se involucraban, todo podría complicarse enormemente. Los documentos que supuestamente guardaba Maruxa, los negocios turbios con la CIA, las conexiones con el antiguo régimen... Todo podría salir a la luz.

—¿Y eso te preocupa? —pregunté, midiendo cada palabra—. Si no hay nada que ocultar...

Federico dejó escapar una risa seca, desprovista de humor.

—No seas ingenuo, Matías. Sabes tan bien como yo que el imperio Puig no se construyó siguiendo las reglas. Un escándalo de esta magnitud podría hundirnos a todos.

Se acercó al escritorio y se inclinó hacia mí, bajando la voz a un susurro amenazador.

—Especialmente a ti. Me han dicho que has estado en Santiago. Que has contactado con Maruxa Salgado.

El impacto de sus palabras fue como un puñetazo en el estómago. ¿Cómo lo sabía? Solo Helena estaba al tanto de mi viaje a Galicia, y dudaba que ella hubiera traicionado mi confianza.

—¿Ahora me espías? —contraataqué, intentando ganar tiempo para reorganizar mis pensamientos.

—Llámalo prudencia familiar —respondió con una sonrisa desagradable—. Después de todo, eres el favorito del abuelo. El heredero intelectual. El guardián de los secretos. Tenía que asegurarme de tus... lealtades.

La amenaza implícita en sus palabras era inconfundible. Federico siempre había sido el más peligroso de los Puig precisamente porque escondía su crueldad tras una fachada de racionalidad empresarial. No mataba por pasión, sino por cálculo.

—Mis lealtades están con la verdad —dije, sosteniéndole la mirada—. Sea cual sea.

—La verdad —repitió con desdén—. Un concepto tan maleable, ¿no crees? Lo que es verdad para ti puede ser mentira para mí. O para Maruxa.

Se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo antes de salir y se volvió con una expresión que intentaba parecer fraternal.

—Un consejo, Matías. Algunos secretos es mejor dejarlos enterrados. Por el bien de todos. No te convertirás en héroe desenterrando los errores del abuelo. Solo conseguirás destruir lo que queda de esta familia.

Cuando la puerta se cerró tras él, me quedé inmóvil, procesando la conversación. No había sido solo una advertencia. Había sido una amenaza directa.

Mi teléfono vibró en el bolsillo. Un mensaje de un número desconocido. Lo abrí con aprensión, y el contenido me heló la sangre:

"Sé que Don Elías ha muerto. Tengo los documentos que prueban todo. El veneno era solo el principio. Nos vemos en el lugar donde tu abuelo encontraba paz. Mañana al atardecer. Ven solo o todo saldrá a la luz. M."

Maruxa. ¿Confirmación de su culpabilidad o algo más complejo? El mensaje mencionaba el veneno, pero también insinuaba que había más en juego. Y el lugar donde mi abuelo encontraba paz solo podía ser el chalet de Cadaqués, la misma propiedad que mencionaba la nota de Don Elías.

Demasiadas coincidencias para ser casualidad.

Guardé el teléfono y me acerqué a la ventana. La lluvia había amainado, dejando tras de sí un cielo inusualmente despejado para una noche de primavera en Barcelona. Las luces de la ciudad dibujaban constelaciones artificiales en la oscuridad, tan brillantes y frías como las verdades que comenzaban a emerger.

El notario llegaría pronto. La familia se reuniría para escuchar la última voluntad de Don Elías, ese documento que probablemente desataría una guerra entre los Puig. Y yo tendría que decidir qué papel jugar en esta partida donde cada movimiento podía ser el último.

¿Acudir a la cita con Maruxa? ¿Alertar a las autoridades? ¿Confiar en Federico a pesar de sus amenazas veladas? ¿O quizás en Julián, cuya adicción al alcohol lo convertía en el eslabón aparentemente más débil pero potencialmente más imprevisible?

Mis ojos se posaron en el retrato de Don Elías que presidía el despacho. Pintado en los años 70, mostraba a un hombre en la cúspide de su poder, con esa mirada penetrante que parecía capaz de descifrar cualquier secreto. Ahora, esos ojos pintados al óleo parecían observarme con una mezcla de desafío y expectación, como si incluso desde la muerte, mi abuelo siguiera dirigiendo los hilos de esta macabra función.

La llave en mi bolsillo, el mensaje de Maruxa, la advertencia de Federico, la confesión de Helena... Todas eran piezas de un rompecabezas cuya imagen final comenzaba a vislumbrarse, aunque aún borrosa y amenazante.

Una cosa estaba clara: alguien había envenenado a Don Elías Puig. Y ese alguien probablemente estaba ahora mismo bajo el mismo techo que yo, preparándose para la lectura del testamento con la misma sangre fría con que había planeado el asesinato.

El reloj del despacho marcó las doce y media con un sonido grave y solemne que pareció reverberar por toda la mansión. En media hora el notario arribaría y la representación familiar comenzaría formalmente.

Me dirigí hacia la puerta, consciente de que cada paso me alejaba más de la inocencia y me adentraba en un laberinto de conspiraciones donde la

verdad y la mentira se entrelazaban como amantes perversos. La mansión Puig nunca había parecido tan opresiva, tan llena de sombras y susurros.

En el pasillo me crucé con Julián, que avanzaba tambaleante con una copa en la mano. Sus ojos, inyectados en sangre, me estudiaron con una lucidez sorprendente para alguien en su estado.

—El notario traerá sorpresas —murmuró, acercándose demasiado—. El viejo cambió el testamento hace tres semanas. Lo sé porque yo fui testigo. Nadie más lo sabe.

Antes de que pudiera interrogarlo, continuó su camino errático hacia el salón, dejándome con una nueva pieza del rompecabezas que no sabía dónde encajar.

En el vestíbulo, Tía Margot supervisaba los últimos detalles del servicio de café y licores para después de la lectura del testamento. Nada se dejaba al azar en la mansión Puig, ni siquiera en los momentos de supuesto dolor.

—Ahí estás —dijo al verme, con ese tono agridulce que reservaba para las ocasiones en que necesitaba aparentar afecto—. El notario quiere hablar contigo en privado antes de la reunión. Algo sobre un anexo especial al testamento.

Sus ojos, tan parecidos a los de Don Elías, me estudiaban con una curiosidad mal disimulada. Tía Margot siempre había sido la más enigmática de la familia, la que mantenía una distancia calculada de los negocios mientras observaba todo con ojo clínico.

—¿Sabes de qué se trata? —pregunté, intentando leer entre líneas.

—No tengo la menor idea —respondió con una sonrisa tensa—. Pero Federico está furioso. Lleva dos horas encerrado con los abogados, y no parece una conversación agradable.

La información me alarmó. Si Federico estaba alterado, significaba que algo no iba según sus planes. Y un Federico contrariado era peligroso.

Mientras me dirigía a la biblioteca, donde supuestamente me esperaba el notario, no podía dejar de pensar en las palabras de Helena. "Esta casa ya no es segura para nadie que busque la verdad." Quizás tenía razón. Quizás debería tomar la llave, ir directamente a Cadaqués y descubrir qué secretos guardaba la caja fuerte antes de que fuera demasiado tarde.

Pero primero necesitaba saber qué contenía ese anexo especial del testamento. ¿Una confesión? ¿Un último mensaje cifrado? ¿O quizás la prueba definitiva de quién había envenenado a Don Elías?

Al abrir la puerta de la biblioteca, la escena que encontré me dejó momentáneamente paralizado. No había ningún notario esperándome. En su lugar, sentada en el sillón de cuero que había pertenecido a mi abuelo, estaba Maruxa Salgado.

—Te esperaba más tarde —dijo con naturalidad, como si su presencia en la mansión Puig la noche del funeral de Don Elías fuera lo más normal del mundo—. Pero ya que estás aquí, podemos hablar de lo que realmente sucedió la noche que tu abuelo fue envenenado.

Se levantó con un movimiento fluido que me recordó a un depredador preparándose para saltar. En sus manos sostenía un pequeño frasco de cristal, idéntico al que había contenido la digitalina que, según Helena, alguien había intentado usar para matar a Don Elías semanas antes.

—¿Quieres saber quién intentó matarlo la primera vez? —preguntó, extendiendo el frasco hacia mí—. ¿O prefieres saber quién lo consiguió finalmente?

Su mirada, tan semejante a la de Don Elías, no mostraba triunfo ni remordimiento. Solo una certeza implacable que me hizo comprender que, fuera cual fuera la verdad, cambiaría para siempre el destino de los Puig.

Y entonces lo supe. El crimen perfecto no era aquel que quedaba sin resolver. Era aquel en el que todos, de alguna manera, habíamos participado.

Capítulo 11

La lectura del testamento

La mansión Puig amaneció envuelta en un silencio opresivo la mañana de la lectura oficial del testamento. Tres días habían pasado desde mi encuentro con Maruxa en la biblioteca, tres días en los que cada miembro de la familia había tejido sus propias estrategias en los pasillos sombríos de la casa, como arañas preparando trampas invisibles.

Don Elías había fallecido oficialmente por un paro cardíaco. Nadie cuestionó el diagnóstico. Ningún Puig quería una autopsia que pudiera desenterrar secretos más peligrosos que el propio veneno. El frasco que Maruxa me había mostrado aquella noche descansaba ahora en mi bolsillo, junto con una carta sellada que ella había dejado en mis manos antes de desaparecer con la misma discreción con que había entrado en la mansión.

"Ábrela después de la lectura del testamento", había dicho con una sonrisa enigmática. "Para entonces sabrás qué hacer con su contenido."

La sala de música fue el escenario elegido para el acto final de aquella tragicomedia familiar. El despacho de Don Elías permanecía cerrado con llave desde que su cuerpo había sido retirado, como si nadie se atreviera a profanar el santuario donde el patriarca había tejido durante décadas sus conspiraciones y alianzas. Quizás temían que su fantasma les recriminara por la farsa que estaban representando, o quizás, simplemente, nadie quería enfrentarse a los secretos que pudieran permanecer allí.

El abogado Ferrer llegó puntual, como correspondía a un hombre que había construido su carrera sobre la precisión y la discreción. Su figura menuda, enfundada en un traje gris marengo que parecía haber envejecido con él, contrastaba con el portafolio de cuero negro que abrazaba contra su pecho como si contuviera explosivos. A su lado, un notario joven, con la mirada vacía de quien ha presenciado demasiadas disputas familiares, se preparaba para documentar cada reacción, cada palabra, cada silencio.

—Buenos días a todos —saludó Ferrer con voz neutra, mientras sus ojos, amplificados por unas gafas que parecían lupas, recorrían la sala evaluando a cada uno de los presentes.

Tía Margot había elegido un luto riguroso que contrastaba con el exceso de joyas que adornaban su cuello y muñecas. Su rosario de perlas negras se deslizaba entre sus dedos como cuentas de un ábaco que calculara ganancias y pérdidas. A su lado, Federico mantenía la compostura con esfuerzo visible, su mandíbula tensa traicionaba la ansiedad que intentaba ocultar tras una máscara de dignidad profesional. En un rincón, Julián jugueteaba nerviosamente con su reloj, sobrio por primera vez en días, como si quisiera estar completamente lúcido para el momento decisivo.

Y yo, sentado ligeramente apartado, observando a mi familia como quien contempla una obra de teatro donde conoce el final antes que los propios actores. La carta de Maruxa pesaba en mi bolsillo, recordándome que era portador de un conocimiento que podría dinamitar los cimientos de aquella casa y de toda la dinastía Puig.

Helena, la única persona no perteneciente a la familia presente en la sala, permanecía de pie junto a la puerta, con esa dignidad silenciosa que la caracterizaba. Nuestras miradas se cruzaron brevemente, y en sus ojos vi una mezcla de aprensión y alivio. Ella también sabía que aquel era el principio del fin.

—Procederé a la lectura del testamento de Don Elías Puig Montcada —anunció Ferrer, extrayendo un sobre lacrado de su portafolio—. Documento notarial fechado hace exactamente tres semanas, que revoca y anula cualquier testamento anterior.

Federico se tensó visiblemente. Tres semanas. Justo después del primer intento de envenenamiento que Helena había descubierto. No era coincidencia.

—"Yo, Elías Puig Montcada, en pleno uso de mis facultades mentales y sin coacción de ninguna índole..." —comenzó a leer Ferrer, con el tono monótono de quien ha recitado fórmulas legales durante toda una vida.

Los primeros párrafos transcurrieron sin sorpresas. Disposiciones menores, legados para obras benéficas, pensiones vitalicias para empleados leales, todo lo que cabía esperar del testamento de un hombre de su posición. Tía Margot asentía ocasionalmente, como si cada cláusula confirmara sus predicciones. Federico tomaba notas en una pequeña libreta, calculando mentalmente cifras y porcentajes. Julián parecía perdido en sus propios pensamientos, desconectado de lo que sucedía a su alrededor.

Entonces, Ferrer se detuvo. Bebió un sorbo de agua y miró por encima de sus gafas antes de continuar. Aquel gesto, aparentemente insignificante, tensó el ambiente como la cuerda de un violín a punto de romperse.

—"En vista de recientes acontecimientos y revelaciones personales" —prosiguió con voz ligeramente más grave—, "he decidido modificar sustancialmente la distribución de mis bienes principales y el control sobre el Grupo Puig-Salvat."

El silencio se volvió tangible. Federico dejó de escribir y levantó la mirada, sus ojos estrechándose con recelo. Tía Margot apretó el rosario con tanta fuerza que sus nudillos se tornaron blancos. Incluso Julián pareció despertar de su letargo, enderezándose en su asiento.

—"Reconozco formalmente como hija legítima a Maruxa Salgado, nacida en Santiago de Compostela en 1965, fruto de mi relación con María Salgado Rodríguez, relación que mantuve en secreto durante décadas por motivos que ahora, ante la inminencia de mi muerte, considero mezquinos y cobardes."

La bomba había estallado. Tía Margot dejó escapar un gemido ahogado que sonó como un animal herido. Federico permaneció inmóvil, como petrificado, mientras una palidez mortal se extendía por su rostro. Julián, para mi sorpresa, esbozó una sonrisa torcida, como si acabara de presenciar el desenlace de una broma particularmente cruel.

—"A mi hija Maruxa Salgado" —continuó Ferrer, imperturbable ante la conmoción general—, "le otorgo el cincuenta y uno por ciento de las acciones del Grupo Puig-Salvat, así como la propiedad íntegra del chalet de Cadaqués y todos los documentos y posesiones que se encuentren en la caja fuerte allí instalada."

El chalet de Cadaqués. La llave que Don Elías me había dejado a través de Helena. Las piezas encajaban con una precisión aterradora.

—"El resto de mis propiedades y acciones se distribuirán de la siguiente manera..." —Ferrer continuó detallando porcentajes y propiedades, pero nadie parecía escuchar ya. La revelación de Maruxa como heredera principal había caído como una guillotina sobre las ambiciones de la familia.

—¡Esto es absurdo! —estalló finalmente Federico, poniéndose en pie con tal brusquedad que su silla cayó hacia atrás—. ¡Una hija secreta! ¿Y se supone que debemos aceptarlo así, sin más? ¿Dónde están las pruebas de esta... esta paternidad?

Ferrer extrajo otro documento de su portafolio con la misma calma con que un cirujano maneja un bisturí.

—Pruebas genéticas realizadas hace un mes, señor Puig. Firmadas por tres laboratorios independientes. La muestra de ADN de Don Elías fue proporcionada voluntariamente. El resultado es inequívoco: la probabilidad de paternidad supera el 99,9%.

—¿Y dónde está ella? —intervino Tía Margot, recuperando parte de su compostura—. Si es la gran heredera, ¿por qué no se presenta a reclamar lo que le corresponde?

—Hemos intentado contactar con la señora Salgado desde el fallecimiento de Don Elías —respondió Ferrer—. Sin éxito. Según nuestros informes, abandonó su residencia en Santiago hace aproximadamente una semana. No ha dejado dirección ni forma de contacto.

Todos los ojos se volvieron hacia mí instantáneamente. Mi viaje a Santiago no había pasado desapercibido, como bien me había recordado Federico días atrás.

—Matías —la voz de Federico destilaba una mezcla letal de súplica y amenaza—. Si sabes algo sobre esta mujer, es tu deber familiar compartirlo ahora.

Sentí el peso de la carta en mi bolsillo, las palabras de Maruxa resonando en mi memoria: "La verdad siempre encuentra su camino, incluso en una familia construida sobre mentiras."

—La conocí en Santiago —admití, midiendo cada palabra—. Me entregó documentos que confirmaban su relación con Don Elías. Documentos que él mismo le había enviado durante años.

—¿Y por qué aparece ahora? —insistió Tía Margot con amargura—. ¿Por qué no hace treinta años, cuando Elías estaba en plenas facultades? ¿Por qué esperar a que esté muerto para reclamar su parte?

—Ella no está reclamando nada —respondí con calma—. Fue Don Elías quien la buscó, no al revés. Él quería reconocerla antes de morir. Poner las cosas en orden.

Un silencio denso siguió a mis palabras. Julián se levantó y se sirvió una copa de coñac del mueble bar, rompiendo la norma tácita de sobriedad que imperaba en las reuniones familiares formales. Nadie le recriminó. Todos parecían necesitar algo más fuerte que café.

—Hay una cláusula adicional —intervino Ferrer, revisando sus papeles—. En caso de que la señora Salgado no pueda o no desee aceptar su herencia en un plazo de seis meses, la totalidad de sus derechos pasaría a Don Matías Puig Vidal, aquí presente, quien además ha sido designado como albacea específico para los documentos contenidos en la caja fuerte de Cadaqués.

La revelación cayó como un rayo en mitad de la sala. Federico me miró como si acabara de descubrir a un traidor en sus filas. Tía Margot dejó escapar una risa seca, desprovista de humor.

—Siempre fuiste su favorito —murmuró con una mezcla de desprecio y resignación—. Incluso ahora, desde la tumba, sigue protegiéndote.

—No se trata de favoritismos —respondí, sosteniendo su mirada—. Se trata de verdades incómodas que alguien debe afrontar.

—¿Y tú sabes dónde encontrarla? —preguntó Ferrer, ajustando sus gafas—. A la señora Salgado.

La pregunta quedó suspendida en el aire como una amenaza. Todos sabían la respuesta, pero querían oírla de mis labios, como una confesión.

—Sí —dije finalmente—. Creo saber dónde está.

La reunión se disolvió poco después, dejando tras de sí un rastro de tensión casi palpable. Federico se marchó sin despedirse, con su asistente personal pisándole los talones mientras ya dictaba instrucciones frenéticas por teléfono. Tía Margot se retiró a su habitación, murmurando oraciones que

sonaban más a maldiciones. Julián, sorprendentemente, fue el único que se acercó a mí antes de marcharse.

—Ten cuidado con lo que buscas en Cadaqués —me dijo en voz baja, su aliento ligeramente impregnado de alcohol—. Algunos secretos tienen garras.

Cuando todos se hubieron marchado, me quedé a solas con Helena en la sala de música. La anciana me observaba con una mezcla de tristeza y resignación, como quien contempla un accidente inevitable.

—¿Vas a ir a buscarla? —preguntó, acercándose para servirse un poco de agua.

—Sí —respondí, sacando por fin la carta del bolsillo—. Pero antes, necesito saber qué contiene esto.

Rompí el sello y extraje un único folio doblado meticulosamente. La caligrafía elegante y firme de Maruxa contrastaba con la brutalidad de su mensaje:

"Cuando leas esto, ya sabrás que soy hija de Don Elías. Lo que aún no sabes es que también soy su verdugo. El veneno fue administrado gradualmente durante semanas, no solo la noche final. La digitalina era solo una distracción. La verdad completa está en la caja fuerte de Cadaqués, junto con pruebas que implican a la familia Puig en crímenes que van mucho más allá del asesinato de un anciano enfermo. Te espero donde el mar besa las rocas. Ven solo o los documentos llegarán a quienes deben recibirlos. No es una amenaza, es una promesa de justicia."

La carta temblaba ligeramente entre mis manos. Helena me observaba sin decir palabra, como si ya supiera su contenido.

—¿Lo sabías? —pregunté, aunque la respuesta era obvia.

—Sabía que alguien lo estaba envenenando —respondió con voz cansada—. No sabía quién. Aunque lo sospechaba.

Guardé la carta nuevamente en mi bolsillo y me acerqué a la ventana. El jardín de la mansión Puig, inmaculadamente cuidado, ofrecía un contraste cruel con la podredumbre moral que habitaba entre sus muros.

—¿Irás a Cadaqués? —insistió Helena.

—Sí —respondí mientras la luz del mediodía dibujaba sombras alargadas sobre el suelo de mármol—. Algunos crímenes son demasiado perfectos para quedar impunes.

Tenía la llave de la caja fuerte, la confesión de Maruxa y un testamento que legitimaba su existencia. Lo que aún no sabía era qué haría con todo ello cuando finalmente la encontrara. Si la delataría por el asesinato de Don Elías o si, por el contrario, me convertiría en cómplice de un crimen que, en cierto modo, todos habíamos estado esperando.

Porque en el fondo, cada miembro de la familia Puig había deseado la muerte del patriarca en algún momento. La diferencia era que solo Maruxa

había tenido el valor —o la frialdad— de ejecutar lo que los demás apenas se atrevían a imaginar.

Al salir de la mansión aquella tarde, con una pequeña maleta y la determinación de quien sabe que no hay vuelta atrás, me pregunté si Don Elías había previsto también este desenlace. Si aquel testamento, modificado tras el primer intento de envenenamiento, no era una rendición sino un último movimiento en un juego macabro donde todos, absolutamente todos, éramos peones y víctimas a la vez.

El taxi que me esperaba en la entrada me llevaría a la estación. De allí, un tren a Figueres y luego el camino a Cadaqués. Hacia Maruxa. Hacia la verdad. O quizás hacia mi propia perdición.

Mientras la mansión Puig se alejaba por la ventanilla del vehículo, tuve la certeza de que nada volvería a ser igual. El imperio familiar, construido sobre décadas de secretos y traiciones, comenzaba a tambalearse desde sus cimientos. Y yo había elegido ser testigo de su caída, portador de sus verdades más oscuras.

El crimen había sido, en efecto, perfecto. La herencia, como había anticipado al principio, letal. Pero la justicia, si es que tal cosa existía en el universo retorcido de los Puig, tenía sus propios planes para todos nosotros.

Capítulo 12

Los secretos de Cadaqués

El camino hacia Cadaqués serpenteaba entre colinas y acantilados como una premonición del laberinto moral en que me había adentrado. La tarde caía sobre el Cap de Creus con esa luz ambarina que tanto había fascinado a los pintores, convirtiendo el paisaje en un lienzo de sombras alargadas y reflejos inquietos sobre el Mediterráneo. Al volante de mi coche alquilado, cada curva me acercaba más a una verdad que, intuía, sería tan despiadada como el viento que azotaba la costa en los días de tramontana.

Habían pasado apenas veinticuatro horas desde la lectura del testamento. Veinticuatro horas en las que mi teléfono no había dejado de vibrar con llamadas de Federico, mensajes de Tía Margot y correos electrónicos de los abogados familiares. Todos exigían explicaciones, todos reclamaban lealtades. Ninguno había recibido respuesta.

Mi única comunicación había sido con Helena antes de partir. La anciana ama de llaves me había entregado una pequeña caja de madera labrada que Don Elías guardaba en un compartimento secreto de su escritorio.

—Él quería que la tuvieras si decidías ir a Cadaqués —me había dicho con esa voz cargada de décadas de servicio y secretos—. Dijo que entenderías su significado cuando fuera el momento.

La caja descansaba ahora en el asiento del copiloto. No me había atrevido a abrirla todavía, como si temiera que su contenido pudiera alterar irremediablemente el curso de mis acciones.

El pueblo apareció finalmente ante mis ojos, un anfiteatro de casas blancas descendiendo hacia el mar, con esa belleza casi dolorosa de los lugares que parecen existir fuera del tiempo. El chalet de los Puig se alzaba en un promontorio al norte de la bahía, una construcción modernista cuyos ventanales reflejaban el último fulgor del día como ojos vigilantes.

Aparqué en un recodo discreto del camino, a unos cien metros de la propiedad. La prudencia me aconsejaba aproximarme con cautela. Si Maruxa estaba allí, como sugerían su mensaje y mi intuición, no sabía en qué estado de ánimo la encontraría. La mujer que había envenenado metódicamente a su propio padre durante semanas no era alguien con quien uno pudiera bajar la guardia.

El portón de hierro forjado que daba acceso a la finca estaba entreabierto, una invitación silenciosa que tensó todos mis sentidos. No había signos de vigilancia, ni cámaras, ni alarmas. Don Elías siempre había preferido la discreción a la tecnología ostentosa.

El jardín, abandonado a su suerte durante años, había adquirido una cualidad casi selvática. Buganvillas desbordantes se entrelazaban con rosales silvestres y pinos retorcidos por el viento marino, creando un laberinto natural que ocultaba parcialmente la fachada de la casa. A medida que avanzaba por el sendero de piedra, el sonido de las olas rompiendo contra las rocas al pie del acantilado crecía como un bajo continuo, casi hipnótico.

La puerta principal estaba cerrada. Rodeé la casa hacia la terraza trasera, donde una escalera de caracol descendía directamente hacia una pequeña cala privada. "Te espero donde el mar besa las rocas", había escrito Maruxa. Ahora entendía a qué se refería.

Bajé los gastados escalones de piedra con precaución, consciente de que cada paso me acercaba a un punto de no retorno. La cala se abría ante mí como un abrazo traicionero entre dos paredes de roca, un rincón íntimo donde el mar susurraba secretos indescifrables. Y allí, sentada sobre una roca plana con las piernas cruzadas como una diosa pagana, estaba Maruxa.

Vestía completamente de negro, un conjunto austero que contrastaba dramáticamente con su melena rojiza agitada por la brisa. No parecía sorprendida de verme. En sus manos sostenía lo que parecía ser un antiguo cuaderno de tapas de cuero, similar a los diarios que Don Elías había mantenido durante toda su vida.

—Has tardado más de lo que esperaba —dijo a modo de saludo, su voz clara recortándose contra el rumor del oleaje—. ¿Te detuviste en el camino para alertar a las autoridades?

—No hay autoridades en esto —respondí, manteniéndome a una distancia prudente—. Al menos, todavía no.

Una sonrisa enigmática se dibujó en su rostro. Aquel gesto, tan similar al de Don Elías cuando consideraba un movimiento arriesgado en una partida de ajedrez, me produjo un escalofrío involuntario. La sangre Puig corría por sus

venas con más fuerza que por las mías, aunque ella hubiera crecido lejos del apellido y sus privilegios.

—Veo que traes su caja —señaló con un movimiento de cabeza.

—Y tú su diario —respondí, dando un paso más hacia ella—. Parece que ambos recibimos herencias personales.

—La diferencia es que yo sé lo que contiene la mía —replicó, acariciando la cubierta del cuaderno con una intimidad perturbadora—. Las últimas confesiones de un hombre que supo que estaba siendo envenenado y decidió no impedirlo.

Sus palabras me golpearon con la fuerza de una revelación. Don Elías lo había sabido. No solo el primer intento, como había contado Helena, sino todo el proceso. Y no había hecho nada para detenerlo.

—¿Por qué? —fue lo único que acerté a preguntar, mientras me sentaba en una roca frente a ella, sintiendo el peso de la caja de madera en mi regazo.

—Expiación —respondió Maruxa con una sencillez devastadora—. La única forma que encontró para compensar décadas de ausencia y las vidas que había destruido en su camino hacia el poder.

Abrió el diario y extrajo una fotografía amarillenta. Me la tendió con un gesto que parecía una ofrenda. En ella, una mujer joven de belleza serena sostenía a una niña pequeña en brazos. Al fondo se distinguía la catedral de Santiago.

—Mi madre y yo —explicó innecesariamente—. La foto está fechada en 1968. Tres años después de mi nacimiento y un año antes de que ella se suicidara.

La revelación quedó suspendida entre nosotros como una hoja afilada. El suicidio de su madre era una pieza del rompecabezas que no había anticipado.

—Don Elías nunca mencionó...

—Por supuesto que no —me interrumpió con una amargura que parecía haberse sedimentado durante décadas—. Los hombres como él no hablan de las mujeres que destruyen. Se limitan a enviar dinero mensualmente para acallar sus conciencias.

El sol comenzaba a hundirse en el horizonte, tiñendo el mar de un rojo sangre que parecía demasiado simbólico para ser casual. Las sombras se alargaban entre nosotros, difuminando los límites entre confesión y acusación, entre justicia y venganza.

—¿Y el veneno? —pregunté, obligándome a enfrentar la verdad central de aquel encuentro—. ¿Por qué elegiste un método tan... prolongado?

Maruxa cerró el diario y lo dejó cuidadosamente a su lado. Por primera vez desde mi llegada, percibí una grieta en su compostura, un destello de vulnerabilidad humana bajo la máscara de frialdad.

—Quería que tuviera tiempo —respondió, y su voz pareció súbitamente más joven, casi quebrada—. Tiempo para reconocerme como su hija. Tiempo

para entender que estaba muriendo. Tiempo para decidir si merecía ser salvado.

—Y decidió que no —concluí, las piezas encajando con una lógica terrible.

—Él tomó su decisión cuando descubrió el primer intento —asintió Maruxa —. Podría haberme denunciado, podría haber cambiado su medicación, podría haber despedido a toda la servidumbre. En lugar de eso, me buscó, me reconoció legalmente y modificó su testamento.

El último rayo de sol desapareció tras el horizonte, sumiendo la cala en una penumbra azulada que parecía amplificar el sonido del mar. En la distancia, las primeras luces de Cadaqués comenzaban a parpadear como estrellas caídas.

—¿Y los documentos? —pregunté, recordando la amenaza velada de su carta—. ¿Qué hay en esa caja fuerte que podría hundir a toda la familia?

Maruxa se levantó con un movimiento fluido y señaló hacia la casa, cuya silueta se recortaba ahora contra el cielo crepuscular.

—Vamos dentro —dijo con calma—. Hay cosas que es mejor no discutir bajo las estrellas, por muy romántico que parezca.

La seguí escaleras arriba, manteniendo una distancia prudencial, aunque la certeza de que no representaba una amenaza física para mí empezaba a consolidarse. No era mi muerte lo que Maruxa buscaba, sino algo más complejo. Mi complicidad, quizás. O mi juicio.

El interior del chalet estaba sorprendentemente bien conservado. El mobiliario, cubierto con sábanas blancas como fantasmas inmóviles, contrastaba con la chimenea encendida en el salón principal, señal inequívoca de que Maruxa llevaba allí más tiempo del que sugería.

—La caja fuerte está detrás de ese Sorolla —indicó, señalando un cuadro que mostraba niños jugando en la playa, una escena de inocencia que parecía fuera de lugar en aquella casa cargada de secretos.

Saqué la llave que Don Elías me había dejado a través de Helena. Encajaba perfectamente en la cerradura de bronce que apareció al retirar el cuadro. Con un chasquido metálico, la puerta se abrió, revelando un interior sorprendentemente austero: una carpeta de cuero gastado, un pequeño joyero y una pistola antigua que reconocí como un recuerdo de la Guerra Civil.

Maruxa tomó la carpeta sin dudar y la depositó sobre la mesa de caoba del salón. La abrió con una reverencia que contrastaba con la brutalidad de su confesión en la playa.

—Aquí está el verdadero legado de los Puig —dijo, extendiendo varios documentos amarillentos por la superficie pulida—. No las fábricas, no las mansiones, no las cuentas en Suiza. Esto.

A la luz de la lámpara, los documentos revelaron su contenido: informes detallados de colaboración con la dictadura, listas de republicanos delatados, transferencias a cuentas numeradas vinculadas a oficiales nazis huidos, acuerdos con la CIA para el establecimiento de bases de escucha

durante la Guerra Fría, sobornos a políticos de todos los colores durante la Transición.

—Dios mío —murmuré, mientras mis ojos saltaban de un papel a otro, reconociendo nombres que aparecían en los libros de historia, cifras que explicaban fortunas inexplicables, fechas que coincidían con decisiones políticas trascendentales.

—El Imperio Puig —declaró Maruxa con una mezcla de disgusto y orgullo perverso—. Construido sobre sangre y traición. El verdadero patrimonio familiar.

—¿Por qué me muestras esto? —pregunté, aunque ya intuía la respuesta—. ¿Qué esperas que haga?

—Quiero que elijas —respondió, sentándose frente a mí con la serenidad de quien ha calculado cada paso de un plan largamente meditado—. Estos documentos pueden llegar a la prensa mañana mismo. Puedo enviarlos a un juez especializado en crímenes del franquismo. Puedo entregarlos a las familias de las víctimas.

Hizo una pausa dramática, sus ojos fijos en los míos con una intensidad casi insoportable.

—O pueden permanecer ocultos, como hasta ahora, mientras tú y yo dirigimos el Grupo Puig-Salvat hacia un futuro donde la reparación sea posible sin destruir todo lo construido.

La propuesta quedó flotando entre nosotros como un hilo invisible que podía convertirse en alianza o en soga, dependiendo de mi decisión. La caja que me había entregado Helena seguía sin abrir sobre mis rodillas, un peso físico y metafórico que ya no podía ignorar.

—Antes de responder —dije, sopesando cada palabra—, necesito saber qué contiene esto.

Abrí la caja con cuidado. En su interior, sobre un lecho de terciopelo rojo, descansaba un relicario de plata con las iniciales M.S. grabadas. Lo abrí con dedos temblorosos para encontrar un mechón de cabello rojizo, idéntico al de Maruxa, y una nota manuscrita con la caligrafía inconfundible de Don Elías:

"La verdad siempre encuentra su camino. No se trata de justicia, sino de equilibrio. M.S. 1965-2025."

La fecha final, 2025, el año actual, me heló la sangre. Don Elías no solo había previsto su muerte, la había orquestado en colaboración con su propia asesina.

—Un pacto —murmuré, levantando la mirada hacia Maruxa, quien observaba el relicario con una expresión indescifrable—. Él te buscó para morir en tus manos.

—Para morir y para vivir a través de mí —precisó ella, extendiendo la mano para tocar brevemente el mechón de cabello, que debía pertenecer a su madre—. El último movimiento del gran estratega. Entregarme el poder para destruir su creación o para transformarla.

En ese momento, el teléfono de la casa sonó con un timbrazo estridente que rompió la atmósfera íntima de nuestra confesión compartida. Maruxa no pareció sorprendida. Se levantó con calma y activó el altavoz.

—Chalet Puig —respondió con una formalidad casi sardónica.

—¿Matías? —la voz de Federico sonaba distorsionada por la línea, pero su tono urgente era inconfundible—. Sé que estás ahí. Helena nos lo ha dicho todo. La policía está en camino.

Maruxa me miró con una ceja levantada, esperando mi reacción. No había miedo en sus ojos, solo una curiosidad genuina ante la prueba final de mi lealtad.

—¿Qué les ha dicho exactamente? —pregunté, acercándome al aparato sin romper el contacto visual con ella.

—Sobre el envenenamiento —respondió Federico, su voz bajando a un susurro conspiratorio—. Sobre la hija bastarda. Sobre los documentos. Estamos acabados si esa mujer habla. Tienes que conseguir esos papeles antes de que llegue la policía.

Un silencio denso siguió a sus palabras. Maruxa y yo nos miramos, cómplices involuntarios en un momento definitorio. Sin decir nada, ella se acercó a la ventana y señaló hacia el camino de acceso. Efectivamente, en la distancia se distinguían las luces de varios vehículos aproximándose.

—¿Federico? —dije finalmente, tomando una decisión que llevaba gestándose desde que leí la carta de Maruxa—. Los documentos están a salvo. Y yo también. No puedo decir lo mismo de ti o del resto.

—¿Qué demonios significa eso? —estalló, su voz elevándose hasta un grito —. ¿Te has aliado con ella? ¿Con la asesina de tu propio abuelo?

—Con su hija —corregí, sintiendo una extraña liberación al pronunciar esas palabras—. Y sí, estoy con ella. Porque Don Elías tomó su decisión, y yo he tomado la mía.

Colgué sin esperar respuesta. Las luces se acercaban rápidamente por el camino serpenteante. Teníamos menos de cinco minutos antes de que la policía llegara a la puerta.

—¿Y bien? —preguntó Maruxa, su rostro parcialmente iluminado por el resplandor del fuego—. ¿Cuál es tu decisión?

Miré los documentos sobre la mesa, pruebas irrefutables de décadas de crímenes y corrupción. Luego observé el relicario en mi mano, testimonio de un pacto macabro entre un padre y una hija unidos por la sangre y separados por la vida.

—Hay una salida por la cala —dije finalmente, recogiendo metódicamente los papeles—. Un sendero que bordea el acantilado y lleva hasta el pueblo. Helena me lo mostró hace años, cuando éramos niños y veraneábamos aquí.

Maruxa asintió, una sonrisa apenas esbozada en la comisura de sus labios.

—La conozco —confirmó—. ¿Qué propones?

—Que desaparezcamos esta noche —respondí, guardando los documentos en la carpeta y ésta en mi chaqueta—. Que dejemos que la policía encuentre una casa vacía, una caja fuerte abierta y una historia incompleta.

—¿Y luego?

—Luego tú y yo decidiremos juntos qué hacer con este legado —señalé hacia mi chaqueta, donde descansaban los papeles—. Qué destruir, qué preservar, qué transformar.

Las sirenas comenzaron a sonar en la distancia. Maruxa observó por última vez el fuego de la chimenea, como si en sus llamas pudiera leer el futuro que nos aguardaba.

—Un pacto, entonces —propuso, extendiendo su mano hacia mí—. Como el que hice con don Elías, pero esta vez para reconstruir, no para destruir.

Tomé su mano, sellando un acuerdo cuyas consecuencias apenas podía imaginar. Su piel era cálida, sorprendentemente viva para alguien que había planificado una muerte con tanta frialdad.

—Un pacto —confirmé, mientras las luces rojas y azules comenzaban a reflejarse en las ventanas del salón—. Pero con una condición: algún día, la verdad deberá salir a la luz. Toda la verdad.

Maruxa recogió el diario de don Elías y lo guardó entre su ropa. Luego, con un gesto casi ceremonial, tiró el relicario al fuego. Las llamas devoraron rápidamente el mechón de cabello, liberando un breve destello verdoso antes de consumirse por completo.

—La verdad siempre encuentra su camino —citó las palabras escritas por don Elías—. Pero nosotros decidiremos cuándo y cómo.

Apagamos las luces y nos deslizamos hacia la terraza trasera. La noche nos envolvió con su manto protector mientras descendíamos por la escalera de caracol hacia la cala. El mar rugía contra las rocas con renovada fuerza, como si la naturaleza misma quisiera borrar nuestras huellas.

A nuestras espaldas, la mansión Puig se iluminaba con los destellos de las linternas policiales. Delante de nosotros, el sendero oscuro que bordeaba el acantilado prometía un futuro incierto pero, por primera vez en mucho tiempo, auténtico.

Así comenzó nuestra huida, o quizás nuestro regreso. Maruxa Salgado Puig y yo, unidos por un crimen perfecto y una herencia letal, portadores de secretos que podían destruir un legado o transformarlo para siempre.

El viento marino agitaba nuestros cabellos mientras avanzábamos en la oscuridad, alejándonos de la mansión, del pasado, de las mentiras. Y por un instante, entre el rumor de las olas y los ecos distantes de las sirenas, creí escuchar la risa satisfecha de Don Elías, como si incluso desde la muerte, el viejo patriarca siguiera moviendo los hilos de una obra cuyo final había diseñado meticulosamente.

Un final que, irónicamente, era apenas el comienzo de otra historia.

Capítulo 13

El precio de la verdad

La madrugada nos encontró en una pequeña pensión del pueblo de Portbou, a pocos kilómetros de la frontera francesa. El establecimiento, con su fachada desconchada y sus habitaciones austeras, era el refugio perfecto para dos fugitivos que cargaban con secretos capaces de derribar imperios. La dueña, una anciana de ojos cansados que no hizo preguntas cuando pagué en efectivo por dos noches, nos había instalado en habitaciones contiguas con vistas a un mar que ahora lucía indiferente bajo un cielo plomizo.

Mientras Maruxa dormía —o fingía hacerlo— en la habitación de al lado, yo permanecía sentado junto a la ventana, contemplando el amanecer con la carpeta de documentos abierta sobre mis rodillas. Las primeras luces del día iluminaban aquellas páginas amarillentas como si quisieran exponer, sin piedad, cada traición, cada crimen, cada pacto siniestro que había cimentado la fortuna de los Puig.

La lista de delaciones durante la posguerra resultaba especialmente perturbadora. Nombre tras nombre, ciudadanos anónimos y figuras destacadas de la cultura catalana, todos señalados por la pluma implacable de mi abuelo con anotaciones precisas sobre fechas de detención y, en muchos casos, de ejecución. Junto a cada nombre, cantidades exactas, como si la vida humana pudiera reducirse a una simple transacción contable.

Un golpe suave en la puerta interrumpió mi macabra lectura. Sin esperar respuesta, Maruxa entró en la habitación con esa mezcla de sigilo y seguridad que la caracterizaba. Vestía la misma ropa del día anterior, pero había recogido su cabello rojizo en un moño austero que endurecía sus facciones, haciéndola parecer aún más la hija de Don Elías de lo que ya era.

—Deberías descansar —dijo, acercándose para observar los documentos—. Tenemos un largo camino por delante.

—¿Y hacia dónde se supone que vamos? —pregunté, cerrando la carpeta. No necesitaba que ella viera el efecto que aquellas revelaciones estaban teniendo en mí.

Maruxa se sentó en el borde de la cama, sus ojos fijos en el horizonte marino que se extendía más allá de la ventana.

—Tengo un apartamento en Lisboa —respondió tras una breve pausa—. A nombre de otra persona, por supuesto. Podemos permanecer allí mientras decidimos nuestro siguiente paso.

—¿Portugal? —La idea de cruzar otra frontera, de alejarme aún más de una vida que, pese a sus hipocresías, había sido la mía, me provocó una inquietud que no pude disimular—. ¿Por qué no simplemente enfrentar esto? Entregar los documentos y...

—¿Y qué? —me interrumpió, su voz adquiriendo ese filo cortante que tanto me recordaba a Don Elías—. ¿Convertirme en la asesina confesa de un

hombre poderoso? ¿Dejar que te arresten como cómplice? ¿Ver cómo toda la familia cae en desgracia por crímenes cometidos hace décadas?

Se levantó y comenzó a caminar por la habitación, su figura esbelta proyectando una sombra alargada sobre el suelo desgastado.

—No seas ingenuo, Matías. La justicia es un lujo que sólo pueden permitirse quienes tienen el poder para moldearla a su antojo.

Sus palabras resonaron en la pequeña habitación con la fuerza de una verdad incómoda. Una verdad que, en el fondo, yo siempre había conocido pero había elegido ignorar, protegido por los privilegios de un apellido que ahora sabía manchado de sangre.

—La radio ha mencionado la búsqueda —continuó, cambiando bruscamente de tema—. "Heredera fugitiva y sobrino desaparecido". Federico ha movilizado todos sus contactos. La mansión de Cadaqués está acordonada, y la policía encontró rastros del veneno en mi habitación del hotel en Santiago.

—¿Lo dejaste a propósito? —pregunté, aunque ya conocía la respuesta.

Una sonrisa enigmática se dibujó en sus labios.

—Todo forma parte del plan —admitió—. Don Elías quería un espectáculo final digno de su vida. Una caída en desgracia que fuera tan pública como falsa.

Abrí el minibar y saqué dos botellines de vodka, esos que los hoteles cobran a precio de oro. Le ofrecí uno a Maruxa, quien lo aceptó con un gesto de agradecimiento. Necesitábamos algo más fuerte que café.

—¿De qué estás hablando? —exigí mientras destapaba mi botella—. ¿Qué plan?

Maruxa bebió un sorbo antes de responder, saboreando no sólo el alcohol sino también el momento, ese instante previo a una revelación devastadora.

—Don Elías nunca pretendió que la verdad saliera a la luz —explicó finalmente—. Al menos, no toda la verdad. Lo que quería era crear un escándalo lo suficientemente grande como para distraer la atención de lo realmente importante.

De su bolsillo extrajo una memoria USB que sostuvo ante mis ojos como si fuera la llave de un reino secreto.

—¿Sabes qué contiene esto? La localización exacta de cada cuenta bancaria, cada propiedad, cada inversión que Don Elías ocultó del resto de la familia. Una fortuna paralela que ha estado creciendo durante décadas, protegida por testaferros y sociedades fantasma. Una fortuna que ahora me pertenece... nos pertenece.

La revelación me golpeó como una bofetada. No sólo había sido el instrumento de la venganza de Maruxa contra Don Elías, sino también el peón involuntario en una partida de ajedrez que el viejo había diseñado con una precisión diabólica.

—¿Y los documentos? —pregunté, señalando la carpeta que descansaba entre nosotros como un cadáver incómodo—. ¿También son parte de la distracción?

—Son reales —confirmó ella—. Cada traición, cada delito, cada pacto siniestro. Pero su valor no está en lo que revelan, sino en cómo pueden utilizarse.

Me levanté de golpe, incapaz de contener la indignación que crecía en mi interior.

—¿Utilizarse? ¡Estamos hablando de vidas destruidas, Maruxa! ¡De personas con nombres y apellidos que fueron entregadas a la muerte por dinero!

Maruxa mantuvo la calma, observándome con esa mirada evaluadora que parecía traspasarme hasta los huesos.

—¿Y qué sugieres? —preguntó con una tranquilidad exasperante—. ¿Qué sacrifiquemos nuestras vidas en el altar de una justicia tardía? ¿Que dejemos que la fortuna Puig se diluya en procesos judiciales y escándalos mediáticos?

Se acercó a mí con pasos lentos, deliberados, hasta que pude sentir su aliento rozando mi mejilla.

—Piénsalo, Matías. Con estos documentos y este dinero, podemos hacer mucho más que simplemente castigar a los muertos. Podemos reparar.

—¿Reparar? —repetí, la palabra sonando hueca en mis labios.

—Localizar a las familias de las víctimas —explicó, su voz adquiriendo un tono casi febril—. Compensarlas económicamente. Crear fundaciones para preservar la memoria histórica. Transformar el imperio Puig en algo que sirva al bien común, no a la avaricia de unos pocos.

Sus palabras dibujaban un futuro que, pese a su atractivo moral, no podía ocultar sus cimientos manchados de sangre. La sangre de Don Elías, envenenado metódicamente por su propia hija. Mi sangre, la de un cómplice que había elegido el silencio.

El teléfono de la habitación sonó con un timbrazo estridente que nos sobresaltó a ambos. Nos miramos, paralizados momentáneamente por la sorpresa. Nadie sabía que estábamos allí.

Con cautela, activé el altavoz.

—¿Diga?

—¿Señor Puig? —La voz de la recepcionista sonaba nerviosa—. Hay un caballero que pregunta por usted. Dice que es importante.

—¿Le ha dado mi nombre? —pregunté, sintiendo cómo la adrenalina comenzaba a bombear por mis venas.

—No, señor. Pero... insiste en que sabe que está aquí. Dice que es su primo.

Julián. De todos los miembros de la familia, era el único que podría habernos rastreado hasta allí. El único lo suficientemente inteligente y lo suficientemente desesperado como para encontrarnos.

—Dígale que bajaré en un momento —respondí tras intercambiar una mirada con Maruxa, quien asintió ligeramente.

Colgué el teléfono y me volví hacia ella.

—¿Confías en él? —preguntó, comenzando a recoger rápidamente los documentos esparcidos sobre la cama.

—No confío en nadie de mi familia —admití—. Pero Julián siempre ha sido... diferente. Menos ambicioso, más honesto en su deshonestidad.

—Un borracho honesto sigue siendo un borracho —murmuró ella, pero había más resignación que desprecio en su tono—. ¿Qué propones?

Pensé rápidamente en nuestras opciones, evaluando riesgos y probabilidades como me había enseñado Don Elías durante nuestras partidas de ajedrez.

—Esconderé los documentos —decidí finalmente—. Tú sal por la puerta trasera y espérame en la estación de tren. Si en una hora no aparezco, toma el próximo tren a Barcelona y desde allí vuela a Lisboa. Te alcanzaré cuando pueda.

Maruxa me observó con una mezcla de dudas y admiración, como si estuviera descubriendo una faceta mía que no esperaba.

—No me había dado cuenta de lo mucho que te pareces a él —dijo finalmente, guardando la memoria USB en su sujetador—. Tan calculador bajo esa fachada de profesor distraído.

Sus palabras me incomodaron más de lo que quise admitir. La idea de parecerme a Don Elías, de compartir no sólo su sangre sino también sus métodos, era inquietante.

—Ve —insistí, evitando su mirada—. Te alcanzaré pronto.

Maruxa se acercó y, en un gesto inesperado, me besó en la mejilla. Sus labios dejaron una sensación de calor que persistió mientras la veía recoger su pequeña mochila y deslizarse fuera de la habitación con la gracia silenciosa de un felino.

Una vez solo, escondí la carpeta de documentos debajo del colchón, un escondite ridículamente obvio pero que serviría si nadie registraba a fondo la habitación. Tomé mi chaqueta, comprobé que llevaba suficiente dinero en efectivo y bajé los dos tramos de escaleras que conducían a la recepción.

Julián estaba sentado en un desgastado sillón del vestíbulo, con un vaso de whisky en la mano a pesar de la hora temprana. Su aspecto desaliñado, con la barba de tres días y la camisa arrugada, contrastaba con la expresión sorprendentemente lúcida de sus ojos. Al verme, levantó su vaso en un brindis silencioso.

—El prófugo favorito de la familia —saludó con esa sonrisa sardónica tan característica suya—. ¿Puedo invitarte a un trago, o estás demasiado ocupado huyendo de la justicia?

Me senté frente a él, manteniendo la calma exterior mientras mi mente trabajaba a toda velocidad, evaluando las posibles razones de su presencia allí.

—¿Cómo me encontraste? —pregunté directamente.

Julián soltó una risita ahogada antes de apurar su vaso.

—Compartiste una habitación con Helena durante tres días en Barcelona por aquella temporada en Cadaqués. Era tu ruta de escape infantil. Tu lugar seguro.

La explicación, tan simple como acertada, me dejó momentáneamente sin palabras. Siempre había subestimado a Julián, como todos en la familia. Bajo su fachada de heredero alcohólico y derrochador se escondía una mente afilada, capaz de hacer conexiones que otros pasaban por alto.

—¿Has venido solo? —pregunté, mirando nerviosamente hacia la puerta.

—Completamente solo —confirmó, haciendo un gesto a la camarera para que rellenara su vaso—. Federico está demasiado ocupado dando ruedas de prensa y fingiendo consternación ante las cámaras. Tía Margot se ha recluido en un convento, rezando por tu alma descarriada. Y yo... bueno, yo siempre he sido invisible para ellos, así que nadie notó cuando tomé un tren hacia la frontera.

Mientras hablaba, deslizó un periódico sobre la mesa. En primera plana, una fotografía de la mansión Puig rodeada de policías y, en un recuadro, mi rostro junto al de Maruxa bajo el titular: "Heredera parricida y cómplice familiar huyen con documentos comprometedores".

—La historia está en todos los medios —continuó Julián, observando mi reacción—. El Grupo Puig-Salvat ha perdido un treinta por ciento de su valor en bolsa desde ayer. Los inversores huyen como ratas de un barco que se hunde.

—¿Por qué estás aquí? —insistí, ignorando deliberadamente la noticia—. ¿Qué quieres de mí?

Julián se inclinó hacia adelante, su rostro repentinamente serio.

—Quiero lo mismo que tú, primo. Justicia.

La palabra, pronunciada por sus labios manchados de whisky, sonaba casi blasfema. ¿Justicia? ¿De parte de un Puig? La idea resultaba tan absurda que no pude evitar una risa seca.

—La justicia es un concepto flexible en nuestra familia —repliqué con amargura—. ¿Qué tipo de justicia buscas exactamente? ¿La que protege tu herencia o la que expondrá todos nuestros secretos?

Julián no se inmutó ante mi tono mordaz. En lugar de eso, extrajo de su chaqueta una fotografía antigua y la colocó sobre la mesa con delicadeza. En ella, un hombre joven de uniforme republicano sonreía a la cámara con esa mezcla de orgullo y resignación de quienes saben que van hacia una muerte probable.

—Mi abuelo materno —explicó con voz queda—. Fusilado en 1940 tras ser delatado por un "patriota anónimo". Mi madre tardó décadas en descubrir que ese patriota tenía nombre y apellido: Elías Puig Montcada.

La revelación cayó entre nosotros como una piedra en aguas profundas, generando ondas que alteraban todo lo que creía saber sobre mi familia, sobre Julián.

—¿Lo sabías? —pregunté, incapaz de ocultar mi asombro—. ¿Todos estos años...?

—Lo supe cuando cumplí dieciocho —confirmó, guardando nuevamente la fotografía—. Mi madre me lo contó en su lecho de muerte. "Nunca olvides quién destruyó a nuestra familia", me dijo. "Pero tampoco te consumas en el odio. Usa lo que ellos te den para honrar a quienes perdimos".

Un silencio denso se instaló entre nosotros mientras asimilaba esta nueva pieza del rompecabezas. Julián, el eterno bufón de la familia, el borracho sin ambiciones, había estado esperando pacientemente su momento, acumulando conocimientos, observando desde las sombras.

—¿Por qué no dijiste nada? —pregunté finalmente—. ¿Por qué seguir el juego durante tanto tiempo?

Una sonrisa triste se dibujó en su rostro mientras jugaba distraídamente con su vaso vacío.

—¿Qué habría conseguido? ¿Ser desheredado? ¿Perder mi posición privilegiada en un arranque de justicia que no habría cambiado nada? —Sacudió la cabeza con resignación—. No, preferí esperar. Observar. Aprender. Y ahora, finalmente, ha llegado el momento de actuar.

—¿Qué propones? —pregunté, sintiendo cómo una alianza inesperada comenzaba a formarse entre nosotros.

Julián miró su reloj con gesto calculador.

—En este momento, Federico está anunciando la creación de una comisión interna para investigar los "supuestos crímenes" mencionados en la prensa. Una cortina de humo perfecta mientras sus abogados destruyen pruebas y sobornan a quien sea necesario.

Se inclinó más hacia mí, bajando la voz hasta un susurro conspiratorio.

—Lo que propongo es simple: usemos la fortuna secreta de Don Elías no solo para compensar a las víctimas, sino para reconstruir el Grupo desde dentro. Convertir una empresa cimentada en la sangre en un instrumento de reparación. Y para eso, necesitamos a Maruxa.

La mención de su nombre me puso en guardia instantáneamente.

—¿Cómo sabes de la fortuna secreta? —exigí, tensándome visiblemente.

Julián rio, esta vez con auténtica diversión.

—Oh, vamos. Don Elías era muchas cosas, pero no un hombre que dejara todos sus huevos en una sola cesta. Siempre sospeché que tenía un plan B, una salida de emergencia. Y cuando te fugaste con su hija recién

descubierta justo después de encontrar documentos comprometedores... bueno, las piezas encajaron solas.

Su intuición resultaba tan precisa que no pude evitar admirarla, a mi pesar. Julián había estado siempre tres pasos por delante de todos nosotros, oculto tras su fachada de heredero irresponsable.

—Suponiendo que te crea —dije cautelosamente—, ¿qué papel jugarías tú en todo esto?

—El mismo que he jugado siempre —respondió con una sonrisa enigmática —. El observador. El intermediario. El que puede moverse entre dos mundos sin levantar sospechas. Federico me considera inofensivo. Tía Margot me ve como un caso perdido. Nadie sospechará de mí.

Su propuesta tenía sentido, demasiado sentido para ignorarla. Un aliado dentro de la familia, alguien que pudiera mantenernos informados mientras ejecutábamos el plan de transformación desde las sombras.

—Necesito pensarlo —dije finalmente, poniéndome en pie—. Y consultarlo.

Julián asintió, comprendiendo perfectamente a quién me refería.

—Por supuesto. Pero no tenéis mucho tiempo —advirtió, señalando nuevamente el periódico—. La policía ha establecido controles en todas las fronteras. Y Federico ha contratado investigadores privados que no tendrán los escrúpulos de las fuerzas oficiales.

Me tendió una tarjeta con un número garabateado a mano.

—Teléfono seguro. Llámame cuando hayáis decidido. Independientemente de vuestra respuesta, os ayudaré a salir del país. Os debo al menos eso.

—¿Por qué? —pregunté, guardando la tarjeta—. ¿Por qué arriesgarte por nosotros?

Julián se levantó también, dejando un billete bajo su vaso vacío. Su mirada, sorprendentemente sobria, se clavó en la mía con una intensidad que nunca antes había visto en él.

—Porque todos somos víctimas de Don Elías a nuestra manera —respondió con una simplicidad devastadora—. Tú, yo, Maruxa. Incluso Federico y Tía Margot, aunque ellos aún no lo sepan. Y las víctimas deberían apoyarse entre sí, ¿no crees?

Sin esperar respuesta, me estrechó la mano con firmeza y se dirigió hacia la salida. Antes de cruzar la puerta, se detuvo y añadió sin volverse:

—El tren de las 11:42 a Perpignan. Vagón 3, compartimento 5. Habrá dos pasaportes falsos y billetes de avión a Lisboa. El resto depende de vosotros.

Y con esas palabras, desapareció en la luminosa mañana mediterránea, dejándome con más preguntas que respuestas, pero también con una inesperada sensación de esperanza.

Subí rápidamente a la habitación, recogí la carpeta de documentos y salí hacia la estación para encontrarme con Maruxa. Mientras caminaba por las estrechas calles de Portbou, pensaba en las extrañas alianzas que estaban surgiendo de las cenizas del imperio Puig. Una hija vengadora, un sobrino

cómplice, un primo resentido, todos unidos por el peso de un legado manchado de sangre que ahora teníamos la oportunidad de redimir.

El tren a Perpignan saldría en menos de una hora. Y con él, la posibilidad de un futuro que, por primera vez en la historia de los Puig, no estuviera construido sobre el sufrimiento ajeno sino sobre la reparación de viejas heridas.

La figura de Maruxa se recortaba contra la luz en el andén de la pequeña estación, su cabello rojizo brillando como una llama bajo el sol de la mañana. Al verme, sus ojos se iluminaron con una mezcla de alivio y curiosidad.

—¿Y bien? —preguntó cuando llegué a su lado, sin necesidad de especificar a qué se refería.

—Tenemos un nuevo aliado —respondí, sintiendo el peso de la decisión que estábamos a punto de tomar—. Y posiblemente, un nuevo camino.

El silbido del tren que se aproximaba subrayó mis palabras como un presagio. El sonido metálico de las ruedas sobre los raíles, constante y rítmico, me recordó que no hay marcha atrás en los viajes que realmente importan. Solo estaciones que nos transforman y paisajes que nunca volverán a ser los mismos una vez atravesados.

Maruxa tomó mi mano con una firmeza que transmitía determinación y, quizás, algo más profundo que aún no me atrevía a nombrar.

—Entonces vamos —dijo simplemente—. La verdad no espera, y nosotros tampoco deberíamos hacerlo.

Y así, con los documentos que podían destruir un imperio ocultos en mi chaqueta y la promesa de una redención improbable en nuestros corazones, abordamos el tren que nos llevaría hacia un destino tan incierto como inevitable. Un destino donde el precio de la verdad, por alto que fuera, debía ser finalmente pagado.

Epílogo

Las cenizas del Imperio

El invierno había llegado a Lisboa con una suavidad impropia de la estación, como si incluso el clima quisiera ser cómplice de nuestra discreta existencia. Desde la terraza del apartamento en Alfama, observaba el Tajo deslizarse hacia el mar con esa cadencia hipnótica que, durante estos últimos meses, había sido mi único ancla a la realidad. El resplandor dorado del atardecer teñía las fachadas de los edificios centenarios, transformando la ciudad en una postal sepia, un fragmento de tiempo suspendido entre lo que fuimos y lo que ahora éramos.

Maruxa apareció a mi lado con dos copas de vino verde, su silueta recortándose contra el cielo portugués con la misma elegancia enigmática que había desplegado aquella primera tarde en la cala de Cadaqués. Ocho

meses después, su presencia seguía provocándome esa inquietante mezcla de fascinación y temor, como quien contempla un hermoso acantilado sabiendo que podría despeñarse en cualquier momento.

—Julián ha confirmado la transferencia —anunció, tendiéndome una de las copas—. El fideicomiso para las familias de Girona ya está operativo. Anónimo, como acordamos.

Asentí en silencio, permitiendo que el líquido fresco y ácido descendiera por mi garganta mientras asimilaba la noticia. Era el tercero de los fondos que habíamos establecido desde nuestro exilio voluntario, cada uno destinado a un grupo específico de víctimas identificadas en los documentos de Don Elías. Pequeñas gotas de reparación en un océano de injusticias que, sabíamos, jamás podríamos compensar completamente.

—¿Has visto los periódicos? —preguntó Maruxa, apoyándose en la barandilla junto a mí, su hombro rozando levemente el mío en ese gesto de intimidad contenida que se había vuelto habitual entre nosotros.

—Los he visto —confirmé, recordando los titulares de esa mañana—. "El Grupo Puig-Salvat anuncia plan de reconversión histórica". Federico debe estar revolviéndose en su despacho de caoba.

Una sonrisa apenas perceptible se dibujó en los labios de Maruxa. Esa sonrisa que no alcanzaba sus ojos, reservada para las pequeñas victorias en nuestra particular guerra de redención.

—No tuvo alternativa —comentó, contemplando cómo una gaviota solitaria se deslizaba sobre las corrientes de aire—. Cuando Julián filtró estratégicamente parte de los documentos a esa periodista de investigación, el consejo entró en pánico. Era reconvertirse o hundirse.

Lo que Maruxa no mencionaba, aunque ambos lo sabíamos, era que aquella filtración había sido meticulosamente orquestada desde esta misma terraza. Documentos cuidadosamente seleccionados, lo suficientemente incriminatorios para forzar cambios, pero no tan devastadores como para provocar el colapso total del imperio familiar. Un equilibrio precario entre la verdad y la supervivencia que habíamos estudiado durante semanas, calculando cada posible reacción como jugadores de ajedrez varias movidas por delante.

El teléfono seguro —nuestro único vínculo con la vida anterior— vibró sobre la mesa de hierro forjado. Maruxa lo tomó con esa elegante rapidez que caracterizaba todos sus movimientos. Su expresión, normalmente impenetrable, se alteró levemente mientras leía el mensaje.

—Helena ha fallecido —anunció con una voz que intentaba, sin éxito, mantenerse neutral—. En su sueño, según Julián. Sin dolor.

La noticia me golpeó con una fuerza inesperada. Helena, la fiel ama de llaves, el último vestigio de mi infancia entre los Puig, se había marchado llevándose consigo secretos que ya nadie podría desentrañar. Su rostro arrugado, sus manos siempre oliendo a lavanda y limón, su manera de llamarme "señorito" incluso cuando ya era un hombre, todo ello se agolpó en mi memoria provocándome un nudo en la garganta.

—Era la única que sabía realmente quiénes éramos —murmuré, más para mí mismo que para Maruxa—. La única que nos vio crecer, cambiar, convertirnos en lo que somos.

Maruxa guardó silencio, respetando mi duelo con esa extraña empatía que a veces emergía inesperadamente entre sus capas de frialdad calculada. Finalmente, dejó su copa sobre la mesa y extrajo de su bolsillo un sobre pequeño y gastado.

—Quizás sea el momento de esto —dijo, tendiéndomelo con un gesto casi ceremonial—. Lo encontré entre las páginas del diario de Don Elías. Estaba dirigido a ti, pero... no me pareció oportuno entregártelo hasta que estuvieras preparado.

Tomé el sobre con una mezcla de recelo y curiosidad. Mi nombre, escrito con la caligrafía inconfundible de Don Elías, parecía observarme desde el papel amarillento como un juez silencioso. Lo abrí con cuidado, casi como si temiera que de su interior pudiera escapar algún maleficio póstumo.

La carta era breve, apenas unas líneas escritas con esa precisión casi militar que caracterizaba al patriarca incluso en sus últimos días:

"Matías:

Cuando leas esto, habrás tomado ya tu decisión. No importa cuál haya sido, el simple hecho de que estés vivo para leerla confirma que eres digno del apellido que nunca quisiste llevar con orgullo.

No te pido perdón, porque los hombres como yo no lo hacemos. Solo te ofrezco una verdad que quizás ya has descubierto: la sangre que corre por tus venas no determina quién eres, sino qué decides hacer con el legado que te ha sido impuesto.

Cuida de ella. No porque lo necesite, sino porque tú lo necesitas. Es más fuerte de lo que nunca seremos tú o yo.

La verdad siempre encuentra su camino, Don Elías"

Doblé la carta lentamente, sintiendo cómo cada palabra se grababa en mi conciencia con la misma exactitud con que el tiempo había grabado las arrugas en el rostro del viejo patriarca. No había revelaciones sorprendentes, ni confesiones dramáticas. Solo esa última manipulación, ese último intento de controlar nuestros destinos incluso desde la tumba.

—¿Qué dice? —preguntó Maruxa, su voz teñida de una vulnerabilidad inusual.

En lugar de responder, le tendí la carta. La observé mientras leía, estudiando cada mínimo cambio en su expresión, buscando algún indicio de la tormenta emocional que debía estar desatándose bajo esa fachada de serenidad. Cuando terminó, dobló el papel con la misma precisión con que yo lo había hecho y me lo devolvió sin comentarios.

—¿Sabías lo que decía? —pregunté.

—No —respondió con sencillez—. Pero lo imaginaba. Don Elías era... predecible en su imprevisibilidad.

Nos quedamos en silencio contemplando cómo el sol se hundía definitivamente en el horizonte, llevándose consigo los últimos vestigios del día. Las luces de la ciudad comenzaban a encenderse una a una, como luciérnagas urbanas despertando de un largo letargo.

—El abogado de Ginebra ha confirmado que el último fideicomiso estará listo la próxima semana —comentó Maruxa tras un largo silencio, volviendo a ese tono práctico que adoptaba cuando los sentimientos amenazaban con desbordarse—. Después de eso, habremos distribuido casi el setenta por ciento de la fortuna oculta.

—¿Y el resto? —pregunté, aunque ya conocía la respuesta.

—Para sobrevivir —respondió, encogiéndose levemente de hombros—. Para construir algo nuevo, si es que decidimos hacerlo.

La ambigüedad de sus palabras flotó entre nosotros como una promesa no formulada. Esa era la cuestión que llevábamos meses evitando: ¿qué vendría después? Cuando todos los fondos estuvieran establecidos, cuando cada familia identificable hubiera recibido su compensación, cuando el Grupo Puig-Salvat se hubiera transformado bajo la vigilancia distante de Julián, ¿qué quedaría para nosotros?

El sonido de pasos en la escalera nos sobresaltó a ambos. Por reflejo, Maruxa alcanzó el cajón donde guardábamos la pistola que nunca habíamos tenido que usar. Sin embargo, el rostro familiar de Julián apareció en el umbral de la terraza, su figura esbelta recortándose contra la penumbra del apartamento.

—Lamento la intrusión —se disculpó, avanzando hacia nosotros con esa elegancia natural que contrastaba con la imagen de heredero disoluto que había cultivado durante años—. Pero esto no podía esperar.

En sus manos traía un maletín de cuero gastado que depositó sobre la mesa con cuidado reverencial. Sus ojos, habitualmente adormecidos por el alcohol o el hastío, brillaban ahora con una intensidad febril.

—Lo encontramos —anunció, abriendo el maletín para revelar un conjunto de documentos y fotografías antiguas—. El último eslabón perdido. Las pruebas de la conexión directa entre Don Elías y el general Yagüe durante la masacre de Badajoz.

Maruxa y yo nos inclinamos sobre los documentos con una mezcla de fascinación y horror. Allí estaban, amarillentos pero perfectamente legibles: órdenes firmadas, telegramas codificados, fotografías donde un joven Don Elías aparecía junto a oficiales de alto rango en lo que parecía ser un campo de prisioneros. La evidencia final de una complicidad que iba mucho más allá de la simple colaboración económica con el régimen.

—¿Dónde los encontraste? —preguntó Maruxa, pasando los dedos sobre una fotografía particularmente explícita con la delicadeza de quien toca una reliquia maldita.

—En la casa de Tía Margot —respondió Julián, sirviéndose una copa del vino que habíamos dejado sobre la mesa—. La pobre sufrió un derrame cerebral

hace tres semanas. Mientras ordenábamos sus pertenencias, encontré una caja fuerte oculta tras su confesionario privado.

—Irónico —murmuré, examinando un telegrama donde se detallaban sumas específicas por cada "elemento subversivo" neutralizado—. Guardaba las pruebas de los pecados familiares justo donde se arrodillaba a pedir perdón por los suyos propios.

—La hipocresía siempre fue el verdadero patrimonio de los Puig —comentó Julián con esa amargura elegante que lo caracterizaba—. Pero esto... esto va más allá de lo que incluso yo imaginaba.

Los tres contemplamos los documentos en silencio, conscientes de que teníamos entre manos no solo la destrucción definitiva del legado Puig, sino posiblemente uno de los testimonios históricos más relevantes sobre la complicidad civil durante la represión franquista. Un archivo que podría reescribir capítulos enteros de la historia reciente española.

—¿Qué hacemos con esto? —preguntó finalmente Maruxa, su voz desprovista de emoción, como siempre que se enfrentaba a decisiones trascendentales.

Julián nos miró alternativamente, una sonrisa enigmática dibujándose lentamente en sus labios.

—Esa, queridos primos, es la pregunta del millón —respondió, alzando su copa en un brindis sardónico—. ¿Completamos la destrucción que iniciamos? ¿O preservamos estos documentos para que las generaciones futuras aprendan de nuestros errores?

Un relámpago iluminó momentáneamente la terraza, seguido del retumbar lejano de un trueno. La tormenta que los meteorólogos llevaban días anunciando finalmente había llegado a Lisboa, como si el clima mismo quisiera subrayar la gravedad del momento.

—Propongo un tercer camino —dije, sorprendiéndome a mí mismo con la claridad de mi visión—. Ni destrucción completa ni preservación pasiva. Usemos estos documentos como la piedra angular de algo nuevo.

Me levanté y caminé hacia el borde de la terraza, sintiendo la primera gota de lluvia en mi rostro como una bendición inesperada.

—Un centro de documentación sobre la memoria histórica —continué, las ideas fluyendo con una coherencia que hacía meses no experimentaba—. Financiado con el último tercio de la fortuna oculta. Un espacio donde estos archivos, junto con los testimonios de las víctimas, puedan servir no solo como recordatorio de los horrores pasados, sino como advertencia para el futuro.

Maruxa se acercó a mí, sus ojos brillantes con esa intensidad que solo emergía cuando algo tocaba genuinamente su alma más allá de la venganza o el deber.

—Un monumento construido no con piedra, sino con verdad —murmuró, completando mi pensamiento con esa sincronía que habíamos desarrollado

durante nuestros meses de exilio compartido—. Un legado Puig que, por una vez, sirva para iluminar en lugar de oscurecer.

Julián nos observaba con una mezcla de asombro y respeto, como si estuviera presenciando el nacimiento de algo que nunca creyó posible.

—El precio de la verdad —dijo finalmente, alzando nuevamente su copa—. Pagado no con sangre esta vez, sino con redención.

La lluvia comenzaba a intensificarse, pero ninguno de los tres hizo ademán de buscar refugio en el interior. Había algo purificador en permanecer allí, sintiendo cómo el agua lavaba meses de culpa, dudas y secretos, mientras el contorno de un futuro inesperado se dibujaba ante nosotros con la nitidez de un relámpago.

Maruxa tomó mi mano y la de Julián, formando un triángulo que se me antojó simbólico: tres vértices de un legado fracturado, tres supervivientes de un naufragio moral, tres herederos decididos a transformar las cenizas de un imperio manchado en los cimientos de algo digno.

—Por las cenizas del imperio Puig —brindó Julián, su voz elevándose sobre el rumor creciente de la tormenta—. Y por el fénix que renacerá de ellas.

—Por la verdad que siempre encuentra su camino —añadió Maruxa, citando las palabras de Don Elías con una ironía que no ocultaba del todo cierta reverencia filial.

—Por nosotros —concluí, sintiendo cómo el peso que había cargado desde aquella tarde en Cadaqués comenzaba lentamente a disolverse—. Por lo que fuimos, por lo que somos. Y sobre todo, por lo que aún podemos llegar a ser.

Nuestras copas se encontraron en el aire mientras la tormenta arreciaba sobre Lisboa, esa ciudad construida sobre ruinas y renacimientos. El líquido verde brilló por un instante bajo un relámpago, como si también él quisiera atestiguar el pacto que acabábamos de sellar: un pacto no de sangre o venganza, sino de verdad y reparación.

Y así, empapados por la lluvia pero extrañamente renovados, los tres últimos guardianes de los secretos Puig contemplamos el horizonte donde, más allá de la tormenta, un nuevo día aguardaba. Un día en que la verdad, por fin, habría encontrado no solo su camino, sino también su propósito.